

LA INDUSTRIOSA MADRILEÑA
 Y EL FABRICANTE DE OLOT,
 Ó LOS EFECTOS DE LA APLICACION.
 COMEDIA EN TRES ACTOS,
 POR DON FRANCISCO DURAN.

REPRESENTADA POR LA COMPAÑIA DE EUSEBIO RIBERA.

PERSONAS.

Doña Cecilia de Aragon y Palenzuela, *tevan, Mayorazgo y estudianton ocioso.* El Sr. Mariano Querol.
 joven Madrileña, industriosa en imitar telas extrangeras de hilo, seda y algodón. La Sra. Juana Garcia. *D. Pablo, Padre de D. Estevan y D. Silvestre.* El Sr. Joaquin de Luna.
 D. Estevan Vilabella, Fabricante de medias de todas clases, muselinas, paños, estameñas &c. El Sr. Manuel Garcia. *Simon, camarada de D. Silvestre, vago, embrollon y falsificador de firmas.* El Sr. Rafael Ramos.
 D. Prudencio de Verga, Ministro de la Real Audiencia de Barcelona y Juez Conservador de la fábrica de D. Estevan. *Blas, aprendiz de D. Estevan, hombre de unos treinta años.* El Sr. Juan Antolin Miguel.
 D. Silvestre, medio hermano de D. Estevan. *Un Page, un Mozo y Soldados.* Personages mudos.

DECORACION.

El teatro ha de representar una sala con tres puertas, la del foro es para ir á los quartos de D. Pablo, D. Estevan y D. Silvestre; la de la derecha guia á la fabrica y á la calle; y la de la izquierda, que estará cerrada, es la habitacion de Doña Cecilia.

En las entre-puertas habrá sillas y un vestido decente encima de una de ellas. A la derecha del tablado una mesa de caxon con recado de escribir, y un armario que se ha de abrir y cerrar.

ACTO PRIMERO.

Sale Blas por la puerta del medio, vestido con una casaca vieja de librea, el pelo colgando en trenza y un gorro catalan en la cabeza, y Simon por la puerta de la derecha con vestido negro, peluquin sin peynar y guantes.

Sim. **A** amigo, ¿es usted de casa?

Blas. **A** Aprendiendo estoy en ella á ser hombre de provecho.

Sim. Con que en resumidas cuentas ¿es usted?

Blas. Un aprendiz.

Sim. Tarde empezó esa carrera.

Blas. Mas vale tarde que nunca.

Sim. Tiene usted buenas respuestas; por fin natural de Olot.

A

Blas.

Blas. Pluguiera á Dios que lo fuera.

Sim. Pues ¿de dónde lo es usted?

Blas. De Asturias, y harto me pesa.

Sim. ¿Por qué?

Blas. Porque dixo un día
el maestro una sentencia,
que de medio á medio coge
á los pueblos de mi tierra;
y fue, que mientras la industria
en Olot los campos puebla,
dexa el ocio en otras partes
las poblaciones desiertas.

Sim. Verdades de Pero Grullo.

Blas. Esas son las que hacen fuerza:
el Fabricante procura
que todo el mundo se adquiera
el sustento con sus manos.

Sim. ¿Y no es eso una simpleza?

¿A qué fin se ha de afanar
un hombre que tiene renta
y puede echarse á dormir?

Blas. Al de que no le suceda
lo que al Sr. D. Silvestre.

Sim. ¿Qué le sucede?

Blas. ¡Friolera!

Que viene muy confitado
á divertirse en la feria
revestido de que es dueño
de casa y sus pertenencias,
y al pobre Doctor naranjo
la diversion que le espera
es, que su hermano le llama
para entregarle sus cuentas;
y quando habiendo seguido
del maestro las ideas,
seria en Olot la suya
la casa mas opulenta,
por sus gastos excesivos
ha de quedarse por puertas.

Pero, señor, ya llevamos
mucho tiempo de parleta;

¿Qué viene usted á buscar?

¿algun paquete de medias?

muselinas? paños? gorros?

Esta es fábrica perfecta,
el género es superior,

y se da con conveniencia.

Sim. Lo que quiero es ver los amos.

Blas. Están durmiendo la siesta.

Sim. Pues mientras que se levantan
vamos á otra diligencia:
yo soy miembro de justicia.

Blas. ¡De justicia!

Sim. Sí, y es fuerza

Forma la Cruz con los dedos.
que jure usted á esta Cruz
de decirme con certeza
quanto en esta casa pasa.

Blas. Señor, ¿y si tal supiera
el maestro?

Sim. No sabrá:

á la justicia obedezca.

¿Quién es el que subministra
la moneda á Don Estevan?

Blas. Un mercader de Gerona
y el gran Don Prudencio Verga.

Sim. ¿Quién es ese?

Blas. Es un Ministro
del número de la Audiencia
de Barcelona, encargado
del fomento que dispensa
aquel recto Tribunal
á esta fábrica y la escuela
de dibujo.

Sim. Y es grande hombre?

Blas. ¿Aquí por tal le veneran:
desde que viene á esta Villa
no hay casi pobres en ella,
y es porque persigue y trata
los ociosos á baqueta.

Sim. ¿Se halla en Olot? *sobresaltado.*

Blas. No señor.

Sim. ¿Y qué obliga á Don Estevan
á querer hoy liquidar
con Don Silvestre las cuentas?

Blas. Aprovechar la ocasion,
porque despues de la feria
se volverá ese estudiante
á las Aulas de Cervera,
y quiere que aquí y allí
públicamente se sepa
como por sus desvarios
ha quedado en gran miseria.
Puede ser que así se aplique
á aprender un arte ó ciencia,
dexando de acompañarse

con otro mala cabeza
como el perverso Simon.

Sim. ¿Qué Simon?

Blas. Un calavera,
que hace ya mas de dos meses
que está bogando en galeras
por haber falsificado
algunas firmas y letras.

Sim. Será aquel que graduaba
de Doctor á qualesquiera,
en dándole unos doblones
para mozas y botellas.

Blas. El mismo.

Sim. ¡Gran perillan!
¿No escapó de la cadena?

Blas. Aunque corrió que se habia
lisiado la mano izquierda
para sacarse la esposa,
salió la noticia incierta;
mas volviendo á nuestro asunto,
si el Fabricante desea
salir luego de su hermano,
es porque tiene dispuesta
compañia de comercio
con un tal Don Juan de Illescas.

Sim. ¿Y quién es ese Don Juan?

Blas. Un muñeco, un pichichuelas,
que desde que aquí llegamos
no sale de esa huronera.

Señala la puerta de la izquierda.

Dentro come, bebe y duerme,
y de nadie ver se dexa:

él mismo se lava y plancha,
nunca gasta costurera,
y endilga tan bien texidos
de algodón, de hilo ú seda,
que todos quantos los ven
se admiran y se embelesan.

Sim. ¿Nació en Madrid?

Blas. No lo sé.

Sim. ¿Es aficionado á hembras?

Blas. Aunque quando le servia
no dió de ello alguna muestra,
esta semana pasada
me encargó que le traxera
unas medias y zapatos
de muger, y otras frioleras,
señal bastante segura

de que á galantear empieza,
ó de que (segun sospecho)
pasa por macho y es hembra.

Mira ácia la puerta del medio.

¡Ay que Don Silvestre sale!

Sim. Sí; pues vayase usted fuera.

Blas. Señor, por Dios el secreto.

Sim. Bien está.

Blas. Voyme á la tienda.

*Vase Blas por la puerta de la derecha
y sale por la del medio D. Silvestre
vestido de estudianton en cuerpo de
chupa, con gorro negro; al ver á
Simon corre aceleradamente á sus
brazos, y hablan los dos en
voz baja.*

D. Silv. ¡Tú aquí, en Olot, Simon mio!

Sim. Silvestre, no el tiempo pierdas,
aprovéchale, y tomemos
los dos al punto soleta.

D. Silv. ¿Por qué causa? ¿Se murió
Catalina?

Sim. Tu parienta
ya está fuera de peligro:
¡Nos pasa mayor tragedia!
¡Caros nos salen los gustos
y tus pretensiones necias!

D. Silv. Acaba de despenarme;
no así suspenso me tengas.

Sim. El haber ido á Madrid
ha de ser le ruina nuestra.

D. Silv. ¿Por qué?

Sim. Porque se han pedido
informes de tí á Cervera,
con lo qual se ha divulgado
mi falsaria reincidencia,
y tu borla doctoral
voló ya, y cayó por tierra.

D. Silv. ¡Pobre de mí! lo que temo
es que en sabiéndolo Estevan
hará de mí mas rechiffa
que los niños de las viejas!

Sim. Y mas hoy que va á ajustarte
muy por menudo las cuentas,

D. Silv. ¡Qué dices!

Sim. Que es menester
no dormirnos.

Siéntase junto á la mesa, y se pone á escribir.

D. Silv. Si me viera con dinero,...

Sim. Muy en breve tendremos la bolsa llena. Anda y engaña á tu padre sacándole lo que puedas, mientras hago yo lo mismo con tu hermano Don Estevan.

D. Silv. ¿Y si acaso hace la trampa que te conozca?

Sim. No temas; pues jamas me ha visto el pelo.

D. Silv. ¿Y si la empresa se yerra?

Sim. Toma quanto halles á mano, ensilla tu jaca inglesa, y pásate luego á Francia.

D. Silv. ¿Y tú?

Sim. Eso no te dé pena, porque en viéndose en apuros cada pobrete se ingenia.

D. Silv. Pues voy á ver de ingeniarme. *Suena adentro ruido como de abrir alguna puerta.*

Sim. ¿Qué ruido es ese que suena?

D. Silv. Que ya sale mi hermanito.

Levántase Simon, y recoge el papel que ha escrito.

Sim. Pues no conmigo te vea, vístete, y pasa á buscarme al meson.

D. Silv. En él me espera.

Vase D. Silvestre por la puerta del medio.

Sim. Audaces fortuna juvat: ánimo, que de esta hecha, si no consigo mis fines en Barcelona me cuelgan.

Sale D. Estevan por la puerta del medio con una casaca y chupa regular y buen calzon negro. Simon se reviste de gravedad, y dice:

Sim. ¿Es usted el fabricante

D. Estevan Vilabella?

D. Est. Servidor de usted.

Sim. Yo soy procurador de Cervera, y habiendo allí contraido

su hermano de usted mil deudas, hizo fuga habrá ocho dias, de lo qual se ha dado quexa por todos los acreedor s, y ha concedido la Audiencia de Barcelona permiso para embargarle la hacienda: yo vengo á esta comision;

Enseña un Decreto supuesto de la Audiencia.

y ántes de dar parte de ella á la justicia he querido ver si acaso usted encuentra un medio con que se aplaque el furor de la querella, porque si no D. Silvestre sin remedio irá á la trena.

D. Est. ¿Qué arbitrio puedo hallar yo?

Sim. El de afloxar las pesetas.

D. Est. Si usted aguarda á mañana...

Sim. No gasto yo tanta flemma: si al instante no se aprontan, á lo menos, ochocientas libras, á roso y belloso embargo hasta las tachuelas.

D. Est. Amigo, no tengo un cuarto.

Sim. ¡Sale usted con buena fresca!

D. Est. Mientras mi hermano Silvestre malgasta á trompa y talega, mucho mas de lo que rinden sus casas y sus haciendas, distribuyo yo el producto que saco de mis faenas en ver si conseguir puedo que aquí en Olot se establezca un número prodigioso de personas extrangeras, que he recogido en mi casa y trabajan de mi cuenta: esto supuesto, si usted puede darme alguna espera, saldré luego por la Villa á ver si alguno me presta la cantidad que usted pide.

Sim. Bien: daré luego la vuelta.

D. Est. ¿Puede usted darme una copia del Decreto de la Audiencia?

Sim. Dexaré el original.

D. Est.

D. Est. ¿Conmigo tanta franqueza?

Sim. Hago mucha confianza de usted, señor Vilabella: hay está con los papeles que certifican las deudas.

Dexa unos papeles sobre la mesa, y se va por la puerta de la derecha.

D. Est. ¡Ah ociosidad! ¡quántos daños

Mirando los papeles.

á los hombres acarréas.

Esta es la resolucion que se ha tomado en la Audiencia.

Dexa un papel, y toma otro.

¿Y esto qué será? veamos:

Lee. Recibí para una urgencia

»la cantidad de mil libras

»que pagaré en vista de ésta,

»cumplidos quarenta dias,

»contados desde la fecha.

Repr. Mas de quatro meses hace que está pendiente esta deuda.

Sale D. Pablo por la puerta del medio con gambeto (ó capote catalan) meridos los brazos en las mangas, cabellera blanca sin rizos, un gorro fino de colores encima; y trae en la mano el sombrero, que dexa sobre una silla.

D. Estevan abre el caxon de la mesa, saca unos papeles, y escribe en uno de ellos, mirando los que ha dexado

Simon.

D. Pab. Hijo ¿no he de poder nunca conseguir que me obedezcas?

¿Ni en los dias de descanso has de dexar las faenas?

¿Qué haces ahora?

D. Est. Repasar

unas quantas deudas nuevas

que ha contraido Silvestre

en la Ciudad de Cervera.

Con darle usted barro á mano,

y dexarle á rienda suelta,

hemos logrado que siga

en sus costumbres perversas.

D. Pab. Porque veas que tu hermano

piensa ya de otra manera,

ahora en mi misma alcoba

le acabo de dar licencia

para entrarse Religioso
y dexarte á tí su hacienda.

D. Est. Como él sepa que ha de holgar, tendrá vocacion perfecta.

Sírvase usted de decirle que hoy quiero darle mis cuentas; que sus cosas me dan muchos quebraderos de cabeza, y no quiero de sus bienes ni el valor de una lenteja.

D. Pab. ¿Pues no ves que de ese modo te indispones y te estrellas con tu hermano? ¿acaso ignoras que yo debo mis riquezas á su madre, y que la tuya te ha criado á tí con ellas?

D. Est. Sé, Padre que hemos nacido los dos de Madres diversas, rica la suya, y la mia constituida en pobreza; pero las dos nos han dado educacion tan opuesta, que yo de pobre soy rico, y él de rico está en miseria.

D. Pab. ¡Miseria Silvestre!

D. Est. Sí:

luego verá usted las cuentas, y tambien verá un Ministro que ha llegado de Cervera, para ponerle en la carcel.

D. Pab. ¿Qué dices?

D. Est. Dando ochocientas libras antes de la noche, quedará la cosa quieta.

D. Pab. Eso no será difícil, lo que importa es que tú cedas de tu genio, que recibas hoy de tu hermano la herencia; y que vivas como viven las personas de tu esfera, dexándote de labores propias de gente plebeya.

D. Est. Hasta ahora, padre mio, las debo mi subsistencia, y tengo por imposible dexarlas hasta que muera, que es muy picaro ó muy necio, el hombre que vive á expensas

del trabajo de los otros.

D. Pab. Para que no te suceda eso á tí, tengo resuelto darte una esposa muy bella, muy noble y muy poderosa.

D. Est. ¿Quién es esa?

D. Pab. La Vicenta; ya sabes que no hay en Vique hermosura mas perfecta; yo he sabido que te ama: su viuda madre desea que elija novio á su gusto, con que la cosa está hecha.

D. Est. Yo, padre, á esa señorita, aunque es de elevadas prendas, no la he tratado bastante para que así me resuelva á formar con ella un lazo que solo la muerte suelta.

D. Pab. ¿Ignoras la educacion que se ha dado á la Vicenta?

D. Est. ¿Y usted sabe por ventura si se aprovechará de ella? Si con ella he de casarme disponga usted que se venga á vivir á Olot, y entonces viéndola con mas frecuencia puede ser que el trato incline mi corazon á quererla.

D. Pab. Voy á enviar una posta con la mayor diligencia á Vique; oye, con tu hermano tengamos en paz la fiesta, ya ves que siendo él mayor es fuerza que le obedezcas.

Toma el sombrero, y se va por la puerta de la derecha.

D. Est. Será así, como no piense en que dexé mis faenas.

Recoge los papeles que le dió Simon, guarda uno en un bolsillo de la chupa, metiendo los otros en el caxon, y sale por la puerta de la derecha Blas con una pieza de estameña.

Blas. Señor Maestro.

D. Est. ¿Qué hay, Blas?

Blas. Aquí traigo la estameña; pero con muchos defectos.

La echa en un rincon del teatro.

D. Est. Amigo, aunque muchos tenga, es la primera que haces, y merecen indulgencia; sigue trabajando, y toma *le dá una* un doblon en recompensa *(moneda.* del honrado proceder

y la aplicacion que muestras, pues del telar no te apartas hoy que están todos de huelga.

Blas. Solo usted puede haber hecho que yo perdone la ofensa del capon que aquí me traxo á dexarme á la inclemencia.

D. Est. En eso te hizo Don Juan mas favor del que tú piensas.

Blas. ¡Favor!

D. Est. Y de los mayores.

Blas. Si querrá usted que agradezca al tal niño el encaxarme unas ciento y nueve leguas lejos de Madrid, y el verme expuesto á tomar la ortera en esta Villa, sabiendo que los naturales de ella quando un sano va á la sopa le tiran tronchos de verza.

D. Est. Al resolverse Don Juan á quedarse en esta tierra,

Saca un bolsillo del caxon de la mesa.

quiso darte este bolsillo para que á Madrid volvieras, y viendo la proporcion que hay aquí de que ser puedas hombre útil, me pidió te inclinase á mis tareas, fingiendo te abandonaba por tu propia conveniencia.

Blas. Ya sabe el tal Madrileño donde el zapato le aprieta, si entonces pillo el bolsillo la fábrica no me pesca.

D. Est. No puede ignorar Don Juan lo que la experiencia enseña.

Blas. ¿Qué enseña?

D. Est. Que los ociosos muy rara vez se sujetan sino á la necesidad.

Blas.

Blas. Tál aguijonéa ella.

D. Est. Pues hasta que texas bien no te entrego esta moneda.

Encierra el bolsillo en el caxon, y se guarda la llave en la faltriquera.

Blas. Señor, no sea algun chasco.

D. Est. No: tres onzas de oro encierra.

Blas. ¡Yo con oficio y dinero! vaya al diantre la librea.

Quitase la casaca y la chupa, y las arroja en el rincon en que está la estameña.

D. Est. ¿Por qué haces esa locura?

Blas. Porque quiero ropa nueva

mas honrada ya que tengo

con el doblon para ella;

y porque voy á aplicarme

día y noche quanto pueda,

para que antes que se rompa

sepan texer mis muñecas

todo quanto necesito.

D. Est. Mereces, Blas, que te ofrezca mi mejor vestido: toma.

Blas. Señor, yo....

Sirve Don Estevan el vestido que está sobre la silla á Blas, y le abraza, al mismo tiempo va á salir por la puerta del medio Don Silvestre con sotana, manteo y sombrero de tres picos, y se queda suspenso.

D. Est. No te detengas, vístete, y dame los brazos.

Blas. Agradezco....

Sale D. Silv. Bueno; aprieta. *gritando.*

D. Est. Hermano.... *con seriedad.*

D. Silv. No soy hermano *con enfado.*

de quien tan ruinmente piensa.

¡Un noble empañar el lustre

de su preclara ascendencia

con los inmundos rezagos

que las viles artes dexan!

D. Est. ¿Quién te ha llenado, Silvestre,

de tan silvestres ideas?

¿Viles llamas á las artes?

¿A la industria menosprecias,

quando no hay sin ella Estado

que tener pueda opulencia?

D. Silv. ¡Vaya, este hombre tiene ya

los cascos á la ginetá.

La opulencia de un Estado

se cifra solo en que tenga

mucha plata y mucho oro,

para que en las concurrencias

se presenten los señores

con bordaduras de piedras,

con primorosas alhajas

y plumas en las guedexas.

D. Est. Y que en un capricho de esos

disipen todas las rentas,

que les rindan los afanes

de una poblacion entera,

para que el jugo español

vaya á manos extrangeras.

D. Silv. Acabemos; si al instante

no me despojas la tienda,

no me ha de quedar persona

ni títere con cabeza.

D. Est. Voy á obedecer á usted.

Anda, Blas, y dí que vengan

á desarmar los telares.

Blas. ¿Con que esto va ya de veras?

Don Estevan, yo no sé

como usted tiene paciencia.

Vase por la derecha.

D. Silv. Ni yo como no te arranco

todos los dientes y muelas.

Vase tras de Blas.

D. Est. ¡Vaya que del Religioso

edifica la modestia!

Cada dia extrañio mas

la notable diferencia

que hay de mi hermano á Don Juan,

siendo este de edad tan tierna,

y criado allá en Madrid,

donde la distraccion reyna,

siempre está tan ocupado

que no sé quando sosiega.

Llamando á la puerta de la izquierda.

¿Don Juan, llegará la hora

de dar fin á la taréa?

Abre Doña Cecilia la puerta de la izquierda, y se dexa ver vestida y peynada

honestamente al uso de Madrid; pero

la tela del vestido debe ser nueva, ex-

traña y de buen gusto.

Doña Cec. Si señor; aquí estoy yá.

D. Est. ¿Qué transformacion es esta?
Muy sorprendido.

¡Tal trage dentro mi casa!

Doña Cec. No extrañio que se sorprended.

D. Est. ¡El es!... sí... su voz...
Mirándola con mucha atencion.

Don Juan, qué rara extrañeza....

Doña Cec. No soy Don Juan, soy muger.

D. Est. ¡Muger!

Doña Cec. Así no lo fuera.

D. Est. ¡Usted muger!

Doña Cec. Sí; y la mas desdichada de la tierra.

D. Est. ¿Por qué?

Doña Cec. Porque el cruel hado su rigor todo en mí emplea.

D. Est. ¿Puede usted ser desgraciada con tal virtud y belleza?

Sáqueme usted ya de dudas.

Doña Cec. ¿Hay quien escucharnos pue-

D. Est. Por aquí todo está solo. (da?

Doña Cec. Asegure usted la puerta.

Cierra Don Estevan la puerta de la derecha.

D. Est. Ya, Señora, asegurada está, y mi atencion suspensa.

Sale Doña Cec. Amigo, yo soy Cecilia de Aragon y Palenzuela:

mi patria es Madrid: crieme

al lado de una maestra,

cuyo conato era darme

la educacion mas perfecta;

pero al cumplir doce años

me dexó la muerte fiera

huérfana de padre y madre,

baxo el poder ó tutela

de una tia, cuya casa

se veia siempre llena

de mozelos disolutos

y perjudicials grescas.

Roguéla sumisamente

me señalase una pieza

donde poder retirada

hilar y texer mis telas;

y esto la irritó de modo

que me subió con violencia

á una guardilla, diciendo

que allí me daba vivienda:

que trabajase, y jamás

pensase en volver á verla.

D. Est. ¿Y era esa muger christiana?

No he oido accion mas perversa:

siga usted.

Doña Cec. Como tenia

yo toda mi atencion puesta

en imitar las labores

de las ropas extrangeras,

dí al olvido sus encontros

y tomé la lazandera.

De modo que en cinco años

adquirí una buena renta

y el apreciable renombre

de Industriosa Madrileña;

pero como la fortuna

jamás estable se muestra,

hizo que pusiese en mí

los ojos un Marques, que era

el ídolo en quien mi tia

tenia sus complacencias,

cosa que ignoraba yo

hasta una noche funesta,

en que furiosa de zelos,

poniéndole en mi presencia,

me dixo: *el señor Marques*

pretende hacerte Marquesa,

y le traygo para que

tan alto honor le agradezcas,

que yo tambien voy á darle

la debida recompensa

del infiel procedimiento

con que paga mis finezas,

y levantando un puñal

le asesinó.

D. Est. Consequencias

de la ociosidad; no puede

guiar nunca á cosa buena. (tas,

Doña Cec. Cayó el Marques a mis plan-

ya la homicida sangrienta,

haciendo fuga, me dixo:

pues tú eres de esta tragedia

la causa, justo es, Cecilia,

que pagues toda la pena.

Quede sola, y recelando

que una muger tan violenta

atribuyese quizá

su delito á mi inocencia,
tomé la resolucion
de mudar de vestimenta,
y buscar seguro asilo
en el confin de la tierra.
El ama que me dió el pecho,
que es en Madrid posadera
me ajustó cuche y criado
con la mayor ligereza,
dándome aquel pasaporte,
que era de un D. Juan de Illescas.
Llegué al meson de esta Villa,
y sabiendo las ideas
patrióticas de usted
quise admirarlas de cerca:
tres meses ha que entré en casa;
y apenas puse el pie en ella
empecé á experimentar
los rasgos de su franqueza.

D. Est. Señora, esas digresiones
son superfluas y molestas;
al caso.

Doña Cec. Como despues
han sido nuestras ideas
tan conformes, pensó usted
en hacerlas duraderas
formando la compania
conmigo, y esta gran prueba
de amistad produjo en mí
una sensacion tan tierna,
que me animó á descubrirme:
concluí luego esta tela:
mostrando la del vestido.

me oculté en ese aposento,
señalando la puerta de la izquierda.
y con increíble priesa,
he cortado y he cosido
todas estas vagatelas,
para presentarme á usted
vestida á la Madrileña,
y suplicarle me otorgue
la mayor de sus finezas.

D. Est. ¡Amable, infeliz señora, (sa!)
me ha hecho usted muy grande ofen-
jocular cosa tan grave
tanto tiempo!...

Doña Cec. ¡Ah! la vergüenza!...

D. Est. ¡Vergüenza, viendo el afecto

que á usted mi pecho profesa!
¿Qué pretende usted de mí?

Doña Cec. Que pues vienen á la feria
franceses amigos suyos,
les pida me favorezcan
resguardando en el camino
mi persona: estoy resuelta
á pasarme luego á Francia,
porque mi alma no sosiega
hasta saber qué se ha hecho
de mi tia.

D. Est. La inocencia
de usted se habrá declarado
ya en Madrid, y así no tema,
que no nos faltarán medios
por donde todo se sepa.

Doña Cec. Si usted ofrece ampararme
ningun riesgo me amedrenta.

D. Est. Todo soy de usted, señora;
con esta agradable nueva
me contemplo el mas feliz
de los hombres, y aunque intenta
mi padre darme otra esposa....

*Dentro Blas llamando á la puerta de
la derecha.*

Blas. Abran al punto esta puerta.

D. Est. Entrese usted en su quarto,
y procure estar serena.

*Vase Doña Cecilia por la puerta de la
izquierda, y en cerrándola abre Don
Estevan la de la derecha, y sale Blas
muy alegre.*

Blas. Vengo á darle de la Usia
á Usia la enhorabuena;
y así, que Usia disfrute
la Usia edades eternas.

D. Est. ¿Quando creí que mi hermano
te quebraba un brazo ó pierna,
entras en casa con tanta
serenidad y chufleta?

Blas. Los arcanos del Altísimo
nadie á comprehenderlos llega.

D. Est. Pues ¿qué hay?

Blas. Que D. Silvestre
me siguió como una fiera
hasta el medio de la plaza.
Hicimos palestra de ella:
nos encrespamos los dos;

10 y en esto se nos presenta un hombre á quien todos hacen cortesía y reverencia. Enteróse del asunto, y dió tan buena fraterna al fraterno Licenciado, que yo dudó que se vuelva á meter jamas en nada que á las Artes pertenezca.

D. Est. ¿Y quién es el caballero que ha tomado tu defensa?

Blas. Un señor que ha de venir á traer cierta cosuella, que siendo Usía galán le viene á Usía de perlas.

D. Est. Responde á lo que pregunto.

Blas. ¿No fuera cosa muy necia, quando ya su bizarría entrando va por la puerta? Es el mas digno Ministro de la Catalana Audiencia.

Sale por la puerta de la derecha Don Prudencio vestido de gala, con la Cruz de la Orden de Carlos III. en el pecho, y detras su page con un canastillo cubierto, en que trae un vestido naevo bordado, y otra Cruz tambien de la Orden de Carlos III.

D. Est. ¡Mi Protector! ¡D. Prudencio!

D. Prud. A Dios, Señor Vilabella.

D. Est. Bien venido sea Usía.

D. Prud. Déxate sobre la mesa á su page. ese canastillo, y vete.

Vase el page por la derecha haciendo cortesía.

Hazme tú la diligencia á Blas, de buscar los jornaleros, y decirles que se vengan para llevar los telares.

Blas. ¿Adónde?

D. Prud. A las anchurosas piezas que el Señor de Besalú en su palacio franquea.

D. Est. Soy de parecer que aquellos cuyas manos son ya diestras, y que para texer bien no han menester mi presencia, se les permita llevar

el suyo á sus casas mesmas, que así aprovechando parte de las dos horas que emplean en las idas y venidas, de la comida y merienda, podrán grangear los pobres algo mas.

D. Prud. Muy buena idéa.

D. Est. Llévales, Blas, la noticia. *vase Blas por la derecha.*

D. Prud. Pues se hacen ya buenas medidas) es preciso adelantemos nuestra deseada empresa de que sa texan aquí las muchas y varias telas que para ropa interior nos introducen de fuera.

D. Est. ¡Ah señor! permita Usía que con la rodilla en tierra le adelante aquellas gracias que le darán con frecuencia las infelices personas que hoy devora la miseria y han de hallar en esa industria razonable subsistencia.

D. Prud. Si todos los Españoles mirasen de la manera que usted por el bien comun, en ellos se refundieran los tesoros de las Indias, que aun pasan como agua en cesta por nuestras manos á dar fomento á las extranjeras; y así vayan adelante esas loables taréas, dignas de hombres bien nacidos, á pesar de los que siembran la máxima de que el oro ganado en esas faenas con su brillantez desdora la mas antigua nobleza. Pues los necios presuntuosos que extienden tales ideas suelen llegar con el tiempo á ser el escarnio y befa de los pueblos, quando el hombre aplicado se grangea las bendiciones de todos

y abundancia de riquezas.
Deme usted ahora un abrazo;
y para que el mundo sepa
como nuestro Rey distingue
los vasallos que fomentan
la industria....

*Descubre el canastillo de modo que se
vea el vestido y la Cruz sobre él, y D.*

Estevan dice con prontitud y admiracion.

D. Est. ¡Señor! ¿qué es eso?

*D. Prud. Una justa recompensa
de los hombres que procuran
avivar las manos muertas.*

*Toma el vestido, guardándose la Cruz
en un bolsillo, dexa los calzones so-
bre una silla, y sirve la casaca y la
chupa á D. Estevan, diciendo:*

*Al ver que usted distribuye
sus vestidos, con la idea
de animar la aplicacion
y desterrar la pereza,
quiero servirle esta gala,
porque no es decente esa
para una funcion....*

*D. Est. Señor,
yo jamas asisto á ellas.*

*D. Prud. A la que hoy tengo es preciso
asistir con gala puesta.*

D. Est. ¡Señor, tantas distinciones!

*D. Prud. Las mias son muy pequeñas,
las que hacen los Soberanos
si que el el espíritu elevan:
vea usted que orden tiene
el Regente de la Audiencia.*

*Da un papel á D. Estevan, este le lee
y se le ven saltar las lágrimas de
gozo.*

*Lee D. Est. Se han examinado los docu-
mentos pertenecientes á los méritos
contrabidos en el adelantamiento de
la Industria de la Villa de Olor por*

*D. Estevan Vilabella, y en atencion
á ellos, y á la virtud y nobleza de
ese laborioso vasallo, quiere el Rey
que Usía disponga inmediatamente se
le condecere con esa Cruz pensionada
de la Orden de Carlos III, dispen-*

*sándole S. M. las pruebas, por no
causarle dispendios; y de haberlo
executado me dará aviso.*

*Devuelve el papel á D. Prudencio, y
dice representando:*

¡Llegó á su colmo mi dicha!

¡Hoy el gozo me enagena;

¿Cómo podré agradecer

tan exquisitas y nuevas

honras como me hace

la Soberana clemancia,

y la gran bondad de Usia?

*D. Prud. Prosiguiendo en la carrera
empezada.*

*D. Est. Yo prometo
que antes que desmaye en ella
perderé el sosiego y vida.*

D. Prud. Gustoso admito la oferta.

Para cumplir esta tarde

con lo que el Monarca ordena

con otros dos Caballeros

pasarémos, á la Iglesia:

recibirá usted la Cruz,

y despues se hará completa

la funcion si usted conviene

en cumplir una promesa.

D. Est. ¿Qué promesa?

*D. Prud. ¿No hace un año
que estuvo usted en Cervera?*

*D. Est. Si señor; pero yo allí
fuí solo á pagar las deudas
de mi hermano.*

*D. Prud. Ya; y tambien
tuvo usted una flaqueza
como hombre; pero estas cosas
con casarse se remedian.*

*D. Est. Será sin duda calumnia
que atribuirme alguno intenta.*

*D. Prud. Acabo de ver, yo mismo,
una firma cuya letra
y rúbrica son de usted.*

D. Est. No serán de esa materia.

*D. Prud. A bien que presto saldremos
de la duda.*

Dentro Blas por la derecha.

Blas. Ande la gresca.

Suenan dentro por la derecha muchos golpes como de desarmar telares, que duran hasta el fin del Acto.

Voces por la derecha.

Vivan nuestros bien hechores.

Sale Blas. Que vivan, coman y beban.

Ya está, señor, la quadrilla enterita y verdadera desarmando los telares con no vista ligereza.

(*Est.*

Pues va siendo usted ya Usía á Don repito la enhorabuena.

D. Prud. Muy presto hallaste los mozos.

Blas. Como hoy celebran la fiesta del Santo Patron del barrio estaban con sus Marietas luciendo en el *contrapas* los brincos y zapatetas.

D. Prud. Yo haré que tales funciones al Domingo se transfieran, sin bayles ni comilonas, causa de otras indecencias.

Blas. Pero tampoco ha de estarse siempre el hombre como rueda de molino, ha de tener algunos dias de holgueta.

D. Prud. Y que perdiendo jornales malgaste lo que no tenga. Hoy mismo sobre este punto dispondré lo que convenga, causando un gran beneficio á los pobres y á la Iglesia.

Da una palmada sobre el hombro á D. Estevan, y le dice cariñosamente.
A Dios, amigo, yo espero que luego que usted se vea cruzado se casará.

D. Est. Seria así si tuviera contrahido algun empeño.

D. Prud. Hay el papel, y otra prenda, que impone á usted para el caso la obligacion mas estrecha: Vengase Blas á buscarla, que apenas vuelva con ella, yo sé que pensará usted de muy distinta manera.

Vase por la derecha siguiéndole Blas.

D. Est. ¡Qué embolismo!... pero yo

¿tengo acaso por qué tema?

Llama á la puerta de la izquierda.
Señora.

Sale Doña Cecilia, y se queda admirada de verle vestido de gala.

D. Cec. ¡Qué es lo que veo!

D. Est. Salga usted.

D. Cec. ¿Qué gala es esa?

D. Est. Esta gala y la que usted tiene hoy por fortuna puesta, nos anuncian el principio de la mayor dicha nuestra: Si, admirable Mantuana: ¡Qué bella es usted!

D. Cec. ¡Yo bella!

D. Est. Y juiciosa: pocas veces hermana naturaleza dos tan grandes qualidades.

D. Cec. ¿Tambien usted lisonjea?

D. Est. ¡Lisonjas yo! hoy quiere el cielo que en fino amor se conviera la amistad que nuestras almas mutuamente se profesan.

D. Cec. ¡Fino amor!... ¿cómo!... ¿és posible con gran sobresalto.

que usted tal cosa profiera?

¿Quando creí verme libre ya de un riesgo, otro me cerca?

D. Est. Será, acaso, en mí delito el que ame á usted y la quiera para esposa? (*tacion.*)

D. Cec. ¡Oh Dios! ¿qué es esto? con agi-
¿Qué ardor corre por mis venas?

D. Est. ¿Mi proposicion, nacida de una pasion verdadera, puede dar á usted disgusto?

D. Cec. Antes de gozo me llena; pero ¿sin averiguar quien sea esta aventurera podrá usted darla su mano de esposo?

D. Est. Y tambien con ella ofrecerla el alvedrio, basta, Señora, que sepa, que una jóven que ha ocultado su sexo de esa manera, que sabe tantas labores, y vive con tal modestia,

no puede menos de ser discreta, humilde y honesta. ¿Será usted al fin mi esposa?

D. Cec. Con toda el alma lo fuera si tantos inconvenientes á ello no se opusieran.

D. Est. ¿Cuáles son esos, Señora?

D. Cec. El serme mi estrella adversa, no saber qual es mi suerte, y el que segun usted cuenta está empeñado con otra.

D. Est. Es una boda propuesta por mi padre, pero aun falta el que yo consienta en ella; y no llegará, lo afirmo, jamás el caso que quiera yo á otra muger alguna si usted mi mano desprecia.

D. Cec. Esa, Don Estevan mio, es resolucion muy ciega.

D. Est. Mire usted que mi fortuna pende de la diligencia, y si usted quiere ser mia, es fuerza que se resuelva á salir conmigo ahora.

D. Cec. ¡Salir yo así? ¡qué demencia!

D. Est. Mi padre es, Señora, un hombre muy tenaz en sus ideas, y quando piensa una cosa, no hay quien le disuada de ella, no hace mucho que tambien un Ministro de la Audiencia me ha dicho que hay cierta firma mia con una promesa de casamiento, ella es falsa desde la cruz á la fecha; pero podrán facilmente suspender nuestras ideas, si á dar no vamos los pasos con la mayor ligereza: venga usted.

D. Cec. ¿Adónde?

D. Est. A ver

lo que el Párroco aconseja, y si, como yo lo creo, favorable se nos muestra, el mercader de Gerona, que en mis dichas se interesa,

se halla aquí á ver repartir los premios de nuestra escuela de dibuxo, y obtendrá al momento la licencia de casarnos. Esta union sin duda el Cielo la ordena; vamos.

D. Cec. ¿Cómo he de salir por Olot de esta manera?

D. Est. La casa del señor Cura está, Señora, muy cerca, y la gente de este barrio está baylando en su fiesta.

D. Cec. ¿Y si me ven los que dan esos golpes en la tienda?

D. Est. Esos reparos se quitan saliendo por la otra puerta.

D. Cec. Pero ignorando quien soy...

D. Est. ¿No tiene usted sus carteras?

D. Cec. Si señor.

D. Est. Pues lo demas

Déxelo usted de mi cuenta.

D. Cec. Ya me hallo resuelta á todo.

D. Est. Pues vamos, amada prenda, que si hoy por mi aplicacion el Cielo me recompensa con tan industriosa esposa me aplicaré hasta que muera.

Vánse por la puerta del foro.

ACTO SEGUNDO.

Salen por la puerta del medio D. Silvestre con sotana, manteo y sombrero, y Simon como en el primer Acto, con los bolsillos y faltriqueras algo abultados, y unas llaves en la mano, que guarda luego.

Sim. Por fin ya está mi bandullo bien prevenido, á Dios gracias: vaya que ha sido fortuna el que no nos tropezaran al entrar.

D. Silv. Hombre, suceden casualidades muy raras; apuesto á que no han salido jamas por la puerta falsa.

- Sim.* Quizá será el primer día que D. Juan sale con faldas.
- D. Silv.* No fuera malo, Simon, que se nos verificara tu sospecha.
- Sim.* Es la sobrina de la tía ajusticiada: ¿No has visto en ella las señas que allá en Madrid nos contaban? Pero, pues ya he conseguido matar á quien me mataba y á mas, gracias á estas llaves, tengo de plata y alhajas bien llenas las faltriqueras, voy á esperarte en la raya.
- D. Silv.* No temas que halle mi padre tan presto de eso la falta: luego que mi hermano tenga mis cuentas finalizadas y pueda sacarle el resto emprenderémos la marcha.
- Sim.* ¡Oh! pues si esperas dinero te aguardaré hasta mañana.
- Mirando hácia la puerta de la derecha.*
- ¿Es tu padre aquel?
- D. Silv.* Sí es: hombre, por las cinco llagas retírate no te vea.
- Sim.* ¿No es viejo de buena pasta? Pues yo quiero hablar con él.
- D. Silv.* Por Dios no le digas nada de nuestro viage á Madrid, ni mi boda con Catanla.
- Sale por la puerta de la derecha D. Pablo con muestras de mucho gusto.*
- D. Pab.* Estevanillo....
- D. Silv.* Celebro que llame usted con tan blanda y meliflua voz al hombre que ilustra nuestra prosapia.
- D. Pab.* Le llamo así porque vengo de prepararle una trampa con cebo de moza y oro.
- Sim.* No es muy difícil que caiga.
- D. Silv.* ¿Y á qué se dirige, padre, esa trampantoja armada?
- D. Pab.* A ver presto las ideas de D. Prudencio frustradas.
- D. Silv.* ¿De D. Prudencio? Me alegro, porque le tengo gran rabia. ¿Pues no se ha puesto á decir con alta voz en la plaza, delante de mil personas, que con caxas destempladas me desterrará de Olot?
- D. Pab.* ¡Aquí el Juez!
- D. Silv.* Si no me engañan mis ojos y mis oídos.
- D. Pab.* ¡Sin avisar! cosa extraña.
- D. Silv.* Vendrá á la Villa á negocios de grandísima importancia; traer, verbi gracia, á Estevan un gran vestido de gala, para que esté mas finchado que un fidalgo de Braganza.
- D. Pab.* ¿Qué dices? ¿y dónde está tu hermano?
- D. Silv.* Salió de casa apenas yo entré.
- D. Pab.* ¿Y no dixo adónde se encaminaba?
- D. Silv.* No señor: iba con él una muy linda muchacha.
- D. Pab.* ¡Muchacha!
- D. Silv.* Sí, aquel D. Juan que dice usted que trabaja aquí.
- D. Pab.* ¿Es muger?
- Sim.* Como hay viñas.
- D. Pab.* ¿Acción tan torpe y villana puede creerse de Estevan?
- Sim.* Donde no se piensa salta la liebre.
- D. Pab.* Por eso hoy cierta boda rehusaba.
- D. Silv.* Le tendrá la Madrileña las potencias embargadas.
- Sim.* ¿Madrileña es? pues á Dios, no doy por él una blanca.
- D. Pab.* ¿Y quién es usted?
- Sim.* ¿Quién yo? el mas fino camarada de mi Señor Don Silvestre.
- D. Pab.* ¡Si será usted el que acaba de llegar hoy de Cervera!
- Sim.* Hoy ha sido mi llegada,

- D. Pab.* ¿Y dice usted que es amigo de Silvestre? ¡Qué falacia!
- Sim.* Falacia quando en mí tiene todo quanto le hace falta!
- D. Pablo,* yo soy un hombre que pása á viajar á Francia, y ha venido solo á ver si Silvestre le acompaña.
- D. Pab.* Presumí que era un ministro que viene de mano armada....
- D. Silv.* ¿De Cervera?
- D. Pab.* De Cervera.
- D. Silv.* ¿Y á qué viene?
- D. Pab.* A pataratas; á que se le dé el importe de tus deudas.
- Sim.* Pues pagarlas; porque el tal comisionado es un perillan de marca: le conozco como á mí: son sus travesuras tantas que le llaman *non plus ultra* de los enredos y trampas.
- D. Pab.* Agradezco esas noticias.
- Sim.* No hay, que detenerle.
- D. Pab.* Nada; á unos pícaros así ni aun verlos quiero la cara.
- Sim.* Yo me encargo, si usted gusta, de despacharle.
- D. Pab.* En la plaza vive un mercader que debe entregarme cierta plata, y luego iremos allá.
- Sim.* Está bien.
- D. Pab.* Pues me depara el Cielo dos estudiantes....
- Sim.* De la gramática parda.
- D. Pab.* Discurrirémos un medio para descubrir con maña quién es esta aventurera que se ha introducido en casa.
- D. Silv.* Los dos sabemos su historia.
- Sim.* Y ahora va usted á escucharla, porque ella viene; á escondernos, que con una idea rara voy á hacer que se descubra ella misma, aprisa, vaya.
- Entranse los tres por la puerta de la derecha, y asoman por la del medio Don Estevan y Doña Cecilia.*
- D. Est.* Pues que ya, Señora, quedan nuestras cosas entabladas, y usted segura, me vuelvo, porque á esta hora me llaman dos negocios que me son de grandísima importancia.
- Doña Cec.* Vaya usted en buen hora: cuidado con la tardanza.
- D. Est.* Esa para un fino amante es prevencion escusada.
- Retírase Don Estevan de la puerta del medio adentro, y sale Doña Cecilia encaminándose á la de la izquierda diciendo entre sí.*
- Doña Cec.* ¡Válgame Dios! me parece que es sueño quanto hoy me pasa, ¡casarme yo aquí en Olot! ¡Qué hombre tan de bien!
- Sale Simon por la derecha.*
- Sim.* ¡Paysana!
- Doña Cec.* ¿Yo paysana de usted?
- Sim.* Si: Madrid es tambien mi patria.
- Doña Cec.* ¿Y cómo está en esta Villa?
- Sim.* Por causa de una desgracia. Yo serví en Madrid, Señora, al Marques de la Muralla....
- Doña Cecilia sobresaltada, y afectando disimulo.*
- Doña Cec.* ¿De la Muralla?
- Sim.* Al nombrarle *llorando.* las lágrimas se me saltan.
- Dent. D. Silv.* Que bien finge el picaron: ya sé lo que intenta.
- Dent. D. Pab.* Calla.
- Sim.* El Señor Marques mi amo, diariamente freqüentaba la casa de una señora de aquellas que no reparan en que su honor se baldone por tabernas y por plazas; pero de su amor cansado, que tales amores pasan, se inclinó á una sobrina que la tal tenia en casa,

segun decian , prudente,
ingeniosa y aplicada;
pero dió muy malas pruebas
de tan buenas circunstancias,
porque una noche ayudó
á coserle á puñaladas
Doña Cec. Algo entreof de ese lance
tan atroz , y me alegrata
de saber si esas mugeres
han sido ya castigadas.

*Hace Simon disimuladamente señas á
Don Silvestre que salga.*

Sim. Como no hay cosa que vuele
mas que una noticia infausta,
la tragedia de mi amo
llegó á mí al romper del alva,
y sabiendo que querian
prenderme tomé la rauta,
sin esperar á saber
las resultas de la causa.

Sale D. Silv. De pe á pa las sé yo.
Doña Cec. y Sim. ¡Usted!

D. Silv. En Madrid me hallaba
quando llevaron la tia,
con túnica negra y ancha,
Aquí se inmuta Doña Cecilia.
caballera en una mula
á un tablado de la plaza,
donde la apretó el verdugo
un tornillo á la garganta.

*Aquí se apoya Doña Cecilia en alguna
silla ó en la mesa.*

Sim. Sin duda que tiene usted
de pedernal las entrañas:
¿pueden contarse esas cosas
en tono de bufonada?

Doña Cec. ¿Qué se hizo de la sobrina?

D. Silv. Bien cerca está , truchimana
¿de qué sirve el disimulo
quando él mismo nos declara
que es usted?

Doña Cec. ¡Yo! ¡qué malicia!

D. Silv. Haga usted mas confianza
de los dos , y mire usted
que la quiero unas migajas.

Doña Cec. ¿ Qué profiere usted ? ¡ Dios
todas las fuerzas me faltan. (mío!

*Cae desmayada en una silla , Don Sil-
vestre se acerca á sostenerla , sale
Don Pablo, y Simon le dice.*

Sim. ¿Ha sabido usted quién es?

D. Pab. Tratemos de retirarla.

*Don Pablo y Simon llevan á Doña Ce-
cilia por la izquierda , y queda Don
Silvestre solo.*

D. Silv. Bonitas cosquillas me hace
el duende de la rapaza,
si Catalina se fuese
del tabardillo á la patria
celestial , en el momento
sin mas ver me la calzaba.

Sale Simon por la izquierda.

Silvestre ¡y bien!

D. Silv. ¡Ah Simon!

has descubierto una alhaja.

Sim. Pues mira si me la obsequias
con la mayor eficacia.

Tú has dicho infinitas veces
que si por dicha enviudaras,
antes de enterrar la una
tendrias otra buscada;
con que así , si se muriese
tu muger y agazaparas
esta otra , dí , ¿qué harias?

D. Silv. Me parece que baylara
de contento.

Sim. Pues amigo
tu muger ya está enterrada.

D. Silv. ¿De veras?

Sim. Tu padre sale.

Sale D. Pab. Mientras sosiega dexadla,
que al instante volveré
á disponer que se vaya.

Vase por la derecha.

D. Silv. Simon , ¿ con que en fin murió
Catalina? *llorando.*

Sim. En paz descansa
la que te dió tanta guerra.
¿Y á qué viene ahora llorarla,
quando tienes la fortuna
á las puertas de tu casa?

D. Silv. ¿Ha muerto tambien el nifio?

Sim. Lo mismo está que una plata:
para darte ese consuelo
le he traído con un ama.

- D. Silv.* ¿Y si esta huele que soy viudo y que tengo arracada?
- Sim.* Bien digo yo, Don Silvestre, que aun no sabes con quien tratas. Animate, que ya tengo dispuesta cierta maraña que ha de sudar Don Estevan si quiere desenredarla. El señor Batlle á estas horas le habrá mostrado unas cartas que han de levantarle en peso por lo que ellas le levantan. Tú verás como hoy pregona por este pueblo la fama que es padre de tu chiquillo.
- D. Silv.* Si eso se verificara....
- Sim.* Don Silvestre, importa mucho no gastar pólvora en salvas: ¿Si habrá dentro del caxon alguna moneda rancia?
- Abre el caxon con las llaves, saca el bolsillo de Blas, y vuelve á cerrar.*
¡En efecto; es amarilla!
- D. Silv.* No hagas mas barrabasadas, mira que ahí es justamente donde el Fabricante guarda sus cosas, y cada instante....
- Sim.* ¿Abre, cierra, meté y saca? El que no expone su vientre á un asiento, nunca se harta. Luego que la Madrileña vuelva en sí empieza á sitiaria, porque ella ha de ser el iris de todas nuestras borrascas.
- D. Silv.* No es, amigo, esa fortuna para mí.
- Sim.* ¿Cómo no? guarda secreto en las demas cosas ocurridas en su causa, que como siga creyendo que la tienen por culpada en la muerte del Marqués, puedes tener esperanza. Las empresas no se logran, Silvestre, sin intentarlas.
- D. Silv.* ¿No será bueno que padre la obligue á pasarse á Francia, y con eso en el camino
- podremos catequizarla?
- Sim.* Para eso es menester que tengamos preparadas las cosas: ven dispondrémos que un mozo lleve tu jaca y un macho fuera de Olot, y que sirva de atalaya mientras que los dos volvemos como ¡liebre que la alcanzan, tú á obligarla que nos siga, si no por buenas, por malas, y yo á ver si tu buen padre y tu hermano me dan plata.
- D. Silv.* Pues vamos, amigo aprieta.
- Sim.* Ten paciencia, que nos falta llevar un par de maletas, para que no se nos vaya.
- Vase por la puerta de la izquierda.*
- D. Silv.* Si ella llega á ser mi esposa se han de poner luminarias, y ha de haber grandes parejas al son de tambor y gayta.
- Sale Simon por la izquierda con dos maletas llenas y cerradas.*
- Sim.* Vamos, Silvestre, y confia.
- D. Silv.* Si hoy la fortuna me ampara, hemos de vivir los dos....
- Sim.* ¿Qué?
- D. Silv.* Lo mismo que Patriarcas.
- Vanse los dos por la puerta del medio llevándose las maletas, y sale por la de la izquierda Doña Cecilia con muestras de grande afliccion.*
- Doña Cec.* ¡Quién habrá entrado en mi pero sola está la sala. (quarto!) ¡Oh Dios! ni se donde estoy. ni comprehendo qué me pasa. Ya en Olot no estoy segura; si aquí mi Estevan se hallara....
- Sale Blas por la puerta de la derecha con un niño de tres ó quatro meses, Doña Cecilia hace ademan de irse; pero al oír á Blas se detiene.*
- Blas.* Válgate Dios por muñeco. Señora ¿es usted el ama que ha traído este?...
- Doña Cec.* ¡Blas mio!
- Blas.* ¡Señor! ¡cómo! ¿usted con faldas?

Vaya, vaya, mis malicias
no fueron tan infundadas.

Doña Cec. ¿Malicias usted?

Blas. Algunas;

aquel recatar la cara
de todos, el encerrarse
al llegar á las posadas,
y el no querer salir de ellas
quando no habia comparsa,
hágame usted el favor
de decirme ¿no indiciaba
ser usted cobarde, rico
ó niña de filigrana?

Doña Cec. Dexe usted burlas y diga
¿de quién es tan delicada
criatura?

Blas. Del maestro.

Doña Cec. ¡Estevan!

Blas. Así lo canta

un papel con firma suya
que tiene el Juez en su casa.

Doña Cec. Habrá muger en el mundo
á quien sigan mas desgracias!

Mira ácia la puerta de la derecha,
y dice:

¡Qué veó! ¡Y un caballero
procede con tal infamia!

*Sale Don Estevan muy gozoso por la
puerta de la derecha con la Cruz de la
Orden de Carlos III en el pecho, y
espada en la cinta.*

D. Est. Aunque no tengo, Señora,
enteramente evaquadas
las cosas, mi gran cariño
me obliga á noticiarla
que el Mercader de Gerona
me ha dado ya la palabra
de hacer que hoy mismo se vean
enlazadas nuestras almas. (bre

Doña Cec. Yo habia de unirme á un hom-

Con entereza y dignidad.

que falta á la mas sagrada
obligacion! ¡Yo ser el medio
para una accion tan bastarda!

¿Con qué odio me miraría
la infeliz y desdichada
madre de esa criatura?

¿Podrá usted abandonarla

quando la sangre de ambos
se mira ya vinculada
en la vida de ese niño?

Nó: cumpla usted su palabra.

Despóse usted con ella, *entere-*
y vivan edades largas. (cida.

D. Est. Usted me pone, Señora,
un dogal á la garganta.

¡Yo deber á una muger
fineza tan extremada,

y pensar en recompensa
procurarla tanta infamia!

No soy tan vil, no, Cecilia,
á usted sola ha dado entrada
mi pecho, y sola á usted
rendirá obsequios mi alma.

Doña Cec. Señor, ¿es de caballeros
el negar cosas tan claras?

un papel, la firma, el niño....

D. Est. Todas tres son cosas falsas.

Doña Cec. ¡Cosas falsas, quando á un
se presentan por demanda! (Juez

¿Quándo una infeliz de usted

hoy su ventura esperaba,
¡qué horror! llega á descubrir

que mira usted su desgracia
como medio de lograr

una intencion depravada?...
Pero esa infame intencion

le saldria á usted muy vana,
que quien huyendo una afrenta

como yo la vida guarda,
daria tambien la vida

por no mirarse infamada.

D. Est. ¡En mí caber tal baxeza!
amable esposa....

Sale D. Pablo por la derecha.

D. Pab. ¡Qué acabas
de pronunciar!... ¡Tú esa esposa!

¿Cabe en tu pecho encerrada
tanta maldad? ¿Quando dices

que los hombres que trabajan
están exéptos de vicios,

y quando haces tanta gala
de la ocupacion, te vemos

con vida mas estragada
que á los mayores ociosos?

¿Quál de ellos tendrá engañadas

á tres mógicas á un tiempo?
 ¿Por qué, di, quando te hablaba
 de Vicenta no me hiciste
 patente quanto ocultabas,
 y no hubiera dado en Vique
 tan solemne campanada?

¿Qué dirán las dos señoras
 sino que intentó burlarlas?
 La madre de esa criatura
 escriben que está en las ansias
 de la muerte, y te suplica
 que la cumplas la palabra.
 Y pues ese niño es tuyo,
 no quiero escrúpulos, marcha,
 cástate, licencia tienes.

D. Est. No me es, padre, necesaria,
 porque jamas he tenido
 yo la voluntad ligada
 sino con esta Señora,
 Que es la que hoy reyna en mi alma.

D. Pab. ¡Habrà tal atrevimiento! (Cecilia
 Marche usted presto de casa. á Doña

D. Est. Doña Cecilia es mi esposa,
 y hará lo que usted la manda;
 mas siempre en mi compañia;
 vamos, Señora.

D. Pab. Repara *con mucho enojo*
 que soy quien soy, y te mando
 que la dexes que se vaya.

D. Est. Témplese usted, padre mio,
 porque una alma enamorada
 quando á su objeto le tocan
 ningun miramiento guarda.

D. Cec. Señor, aunque D. Estevan
 todo mi afecto arrebató,
 no ha de ser mio por medio
 de ninguna accion villana:

como él deba unirse á otra
 se unirá.

D. Est. Sí: confirmada
 queda por mí esa promesa:
 no se mueva usted de casa á **D. Cecil.**
 mientras voy con padre y Blas
 á ver si ese que me infama
 con detraccion tan iniqua
 osa ante mí sustentarla.

*Vase por la derecha, siguiéndole Blas
 con el chiquillo.*

D. Pab. Señora, quando mi hijo
 no haya dado esa palabra,
 tiene otro empeño; y así
 disponga luego su marcha.

*Vase por la derecha, y dice Doña Cecilia
 en voz alta como hablando
 con él.*

D. Cecil. ¿Si ya sin mi amado Estevan
 soy como un cuerpo sin alma,
 si sin él no tendré gusto
 para dedicarme á nada,
 ¿cómo he de partir? ¡Ah! lluevan
 sobre mí quantas desgracias
 previene á todo viviente
 la tirana suerte infausta;
 pero dexeme el consuelo
 de vivir en esta casa.

*Va á entrarse por la puerta de la iz-
 quierda, y D. Silvestre sale por la de
 la derecha diciendo.*

D. Silv. ¡No es nada lo que he sabido!
 A Dios, señora cuñada,
 me doy mil enhorabuenas
 de lograr en tí una hermana
 tan bella y tan industriosa. (bla?

D. Cec. Señor, ¿qué es lo que usted ha-
D. Silv. ¿Buen pastel se ha descubierto!
 No habia aquí mala danza!

Por fin, ma vale casarse
 que abrasarse, ya no falta
 sino echar aquí tu firma
 para que la boda se haga
 con rimbombante aparato.

D. Cec. ¡Cómo! ¿está ya declarada
 la torpe, indigna impostura
 que á Estevan acumulaban?

D. Silv. Sí, amiga, ya va mi padre
 mas alegre que una pasqua
 á disponer tu bodorrio:
 Estevan tambien me manda
 que te traiga esta escritura,
sacando un papel.

porque te sirvas de honrarla
 con tu firma.

Doña Cec. ¡Si este hombre
 maquinará alguna trama!
Aparte, levantando la vista al Cielo.

D. Silv. ¿De qué te quedas suspensa?

Si tienes desconfianza
lee el papel.

Doña Cecilia, aparte, tomando la pluma y sentándose junto á la mesa.

Doña Cec. Si es enredo,
le ha de salir á la cara.

D. Silvestre señalando con el dedo en el papel, de modo que se conozca que pone la mano con picardía delante de lo escrito para que ella no pueda leerlo.

D. Silv. Aquí has de poner la firma.

Doña Cec. Dios me dé acierto al echarla.

Firma, dobla inmediatamente el papel, se le entrega á D. Silvestre, y este le guarda.

D. Silv. Te le dá, pero tan grande,
que vas por ella á ser ama
de todo quanto poseo.

Doña Cec. Fineza tan extremada
me sorprende, D. Silvestre.

D. Silv. Esa persona gallarda
con esos brillantes ojos
todo el corazón me abrasan,
y no cederá el incendio
si no me aplicas la blanca
nieve de tu hermosa mano;
y pues que ya no te escapas
de ser mía, porque estás
con la firma asegurada,
daca esos cinco, paloma,
premia con ellos mis ansias.

Doña Cec. Aunque agradecerlas puedo,
no con mi mano pagarlas.
Porque es su hermano de usted
dueño de ella y de mi alma.

D. Silv. Con que eso es decirme claro
que mis finezas desayras?

Doña Cec. Si señor.

D. Silv. Pues esta firma
obrará.

Doña Cec. No importa nada;
yo solo he de ser de Estevan.

D. Silv. De Estevan! antes te falta
elegir de dos la una,
O ser hoy mi media cama,
O ir mañana á Barcelona
sobre un burro maniatada

á pagar la media muerte
del Marques de la Muralla.

vase por la derecha.

Doña Cec. ¡D. Silvestre!... ¡Qué es lo que
Mi suerte está declarada, (oigo!

ya no hay remedio, es preciso
que de este pueblo me vaya,
pero ¿podré dar á Estevan
una pena tan amarga?
y podrá perder la vida
en una pública plaza
siendo inocente? ¡Ah memoria!
cómo me asombros y espantas!

¿Partiré?... Sí; pero antes
voy á escribirle una carta.

Siéntase á escribir, y vá diciendo las cláusulas en voz alta.

*Amado Estevan, me han puesto en
la alternativa de sufrir la muerte
ó ser infiel, y así espero me envíe
usted una caballería, y el disfraz
de varón al camino de Figueras para
pasar á Perpiñán; desde adonde es-
cribiré á usted mas largamente pa-
ra que disponga del constante afec-
to que le profesa su esposa.*

Cecilia de Aragon y Palenzuela:

*Dobla el papel, y sale Blas por la de-
recha hablando con el chiquillo.*

Blas. Que nadie nace sin padre
es cosa evidente y clara;
pero averiguar quien sea
el tuyo es empresa ardua.

Doña Cec. ¿Hay, Blas, alguna noticia
que tranquilice mi alma?

Blas. El conductor de este nene
en ninguna parte se halla;
ya ha sacado del meson
su caballería; el ama
que vino con él tampoco
parece; mas segun canta
cierto papel presentado,
si D. Estevan se allana
á dar algun dote bueno
á la doncella burlada,
quedarán luego las cosas
en la mas tranquila calma.

D. Cec. ¿Viene el Maestro?

Blas. No señora, parece que le faltaba hacer una diligencia.

Doña Cec. Pues dele usted esa carta, y á Dios, Blas. *le dá la carta.*

Blas. ¿Dónde vá usted?

Doña Cec. A evitarme una desgracia. Y pues dispone la suerte que yo de usted, Blas, me valga, no dudo que corresponda su lealtad á mi confianza. *vase por la derecha.*

Blas. ¿No podía en manos propias la tal señora entregarla?

Vaya ¿yo llevar papeles de enamorado? ¡es brava comision! ¿teniendo oficio andar yo en estas andanzas? No señor; por la rendixa veré si puedo embocarla en el caxon. Vamos neno,

Mete el obiquillo entre un doblez de la estameña que está en el suelo metiéndole debaxo por almohzadas el vestido de librea.

echate un tanto, y descansa, mientras hago que el villete llegue á su destino.

Arrodillase delante del caxon, mete el papel por la juntura, y sale D. Estevan por la derecha con un mozo vestido á lo catalán, que dexa un talego de dinero sobre la mesa, y se vuelve á marchar.

D. Est. ¿Qué andas registrando?

Blas. ¡Malo, á Dios! encontráronse los guardas con los metedores.

D. Est. Dime, ¿qué hacías hay?

Sim. Imitaba á un hombre que no pudiendo comprar un dia manzanas, con un zoquete de pan se arrimaba á las banastas,

hincaba el diente al zoquete, la fruta olía y mascaba.

Sale Simon por la derecha, y se admira de ver á Don Estevan con la Cruz.

Sim. Dios guarde á ustedes señores.

Blas. ¿A qué viene este fantasma? ap.

D. Est. ¿Qué te importa? salte afuera.

Blas. Afufóse el ver la carta.

Entre sí, y marchándose por la derecha.

D. Est. Siéntese! usted.

Sim. No es posible, que tengo pronta mi marcha.

D. Est. Pues haga usted el recibo, y dé un repaso á esa plata.

Señala al talego que está sobre la mesa.

Sim. El recibo ya está hecho, y la plata bien contada.

Entrega un recibo á Don Estevan, saca un pañuelo y vácia en él el dinero del talego.

¿Hay ochocientas?

D. Est. Cabales.

Sim. Ya queda la cosa en calma; si se ofrece algo mandar.

Vase por la derecha, y Don Estevan mirando el recibo dice:

Buen nombre tiene, Deo gracias. *Sale Blas por la derecha.*

Blas. D. Estevan, no hay remedio, yo quiero ver las medallas, y de aquí no he de apartarme hasta que el caxon se abra.

D. Est. No seas, Blas, importuno, es preciso que te salgas, porque me importa.

Blas. Paciencia.

Sale D. Prudencio por la derecha, Blas le hace cortesía, y se va por la misma puerta.

D. Prud. Yo debo marchar mañana; vamos á ver esas cuentas.

D. Est. Mejor fuera que llevara

sim. Usia nuestros papeles.

D. Prud. Vengan, pues, que tengo gana de dexar á usted tranquilo y solo antes que me vaya.

Abre D. Estevan el caxon, saca los papeles, y le mira con mucha atencion,

D. Prudencio lo repara y dice:

¿Falta acaso alguna cosa?

D. Est. No es mas que una bribonada de Blas, un bolsillo suyo.

Cierra el caxon, y entrega los papeles

D. Prudencio,

Tome Usia.

D. Prud. Luego que haya repasado bien la suma, dispondrémós que se haga la separacion de todo, y á cada qual se reparta lo suyo, despues veremos el dote que usted señala á la pobrecilla madre del niño.

D. Est. En vano se cansa Usia.

D. Prud. No es en vano, que la justicia la ampara.

D. Est. No pasemos adelante: si Usia me dá palabra de guardar dentro del pecho quanto dice aquesta carta,

Sacando una carta y enseñándosela á

D. Prudencio,

sabrás como se ha firmado el papel que Usia guarda.

D. Prud. Si doy.

D. Estevan le entrega la carta, y D. Prudencio hace qae lee.

D. Est. Vea Usia ahora lo que á un amigo le encargan. Mi hermano y los perillanes con quien siempre se acompafia, para sacarme dinero urdieron la indigna trama, que como urdida en taberna no podia estar callada,

D. Prud. ¡A quantos daños estan expuestos los que se embriagan!

Vuelve la carta á D. Estevan, y sale á D. Pablo.

D. Pab. Celebro de ver á Usia tan bueno. Hijo en la plaza

hallé á cierto conocido del Procurador que acaba de llegar, y le he entregado mil libras.

D. Est. ¡Si ahora marcha de aquí con las ochocientas él mismo!

D. Pab. ¡Hay tal infamia! El que las llevó me traxo este recibo.

Saca un recibo, y D. Estevan le mira.

D. Est. Deo gracias.

Con mas de ochocientas libras ya puede el pícaro darlas.

D. Prud. ¿Puedo acaso yo saber que es eso que á ustedes pasa?

D. Est. Que aquí se me ha presentado un ministril faramalla, armado con un decreto de la Audiencia á raja tabla.

D. Prud. No puede ser.

D. Est. ¿Cómo no?

Si está aquí.

Saca el Decreto y se le da á D. Prud.

D. Prud. Con verlo basta.

Lee. Proceda la Justicia de Olot contra D. Silvestre Vilabella, embargándole y vendiendo la hacienda, casa ó casas, cuyo producto baste á cubrir las deudas que constan de los papeles presentados, y entréguese la suma al Procurador D. Deo gracias.

Hace un poco de pausa, y despues dice representando.

Ello estan todas las firmas perfectamenta imitadas; pero la fecha descubre que en este papel hay maula, porque en los dias de Misa no va la Audiencia á sus salas. Los Jueces cogen al vuelo las que á los reos se escapan. Voy á ver al Coronel para que al instante haga que se ponga alguna tropa por el campo acordonada.

Vase por la derecha.

D. Pab. Mucho sintiera que ese hombre padeciera por mi causa, voy á decir que me vuelva mi dinero, y que se vaya.

Hace que se va, y vuelve.

Estevan mucho agradezco que hayas dispuesto la marcha de la Madrileña.

D. Est. ¡Yo! *con desasosiego.*

D. Pab. Iba bien desfigurada con la capa y el sombrero de Blas.

D. Est. ¿Dónde iba?

D. Pab. Tomaba el camino de Figueras, y es moza de rompe y rasga, no me ha querido admitir un dinero que la daba.

Mas voy no prendan mi hombre.

Vase por la derecha, y D. Estevan queda como fuera de sí.

D. Est. Blas. *gritando.*

Dentro Blas. Señor.

D. Est. ¿Con que se marcha?

Sale Blas. ¿Quién?

D. Est. Ponme el caballo.

Blas. ¿Para qué?

D. Est. Pronto, despacha.

Blas. Pero yo....

D. Est. ¿Aun estas aquí?

Blas. Señor, Usia desbarra.

D. Est. Ten, Blas, de mi compasion, vamos al punto á buscarla, que aborreceré la vida, si mi Cecilia me falta.

Vase furioso por la puerta del medio, Blas le sigue, y vuelve por el chiquillo diciendo muy apresuradamente.

Blas. Ay chicorrotito mio, que ya de tí me olvidaba, ven te darán una teta dexándote en qualquier casa; que donde reyna la industria reyna en todo la abundancia.

Vase corriendo por la puerta del medio.

ACTO TERCERO.

Sale Blas por la puerta del medio con dos luces que dexa sobre la mesa, luego sostiene á Don Estevan que sale por la misma puerta acongojado y vestido de camino con botas, el qual se sienta en una silla, y apoya en la mesa.

Blas. **V**amos, señor, animarse.

D. Est. ¡Ay Blas! mis fuerzas perdidas no es posible se recobren hasta saber de Cecilia.

Dexa caer la cabeza mostrando abatimiento, y sale Don Pablo por la puerta de la derecha.

D. Pab. Ya se escapó el faramalla, y volaron las mil libras; ¿pero qué viene á ser eso?

Blas. Que le dió una congajilla al montar en su caballo para ir tras de la niña: á la verdad que no sé cómo usted no escrupuliza de oponerse á que se casen dos jóvenes que se estiman.

D. Pab. ¿Habia yo de admitir á una tal muger por hija? y aun quando sea quien sea, sin tener dote:—

Blas. ¡Ah avaricia!

Yo la he visto dos alhajas que valen mas que una mina del Perú, porque en las dos hay otras diez embutidas, que no hay tasador que pueda dar de ellas tasacion fixa.

Don Estevan da un suspiro, levanta los ojos, y Blas prosigue.

Pero pues ya el desmayado poquito á poco se ánima, voy á estorbar que los que entren se rompan las espinillas.

Toma una luz, va á marchar por la puerta de la derecha, y le detiene Don Pablo.

D.

- D. Pab.* Aguárdate, Blas: ¿tú sabes donde esa muger tenia esas alhajas que dices?
- Suelta Blas la luz, levanta las manos meneando los dedos, y dice en voz alta.*
- Blas.* Donde yo: ¿están á la vista? Llevando el dote en las manos una muchacha nacida en tierra donde no aprenden mas que á hacer zalamerías, y á ponerse peregriles para andar desvanecidas; no sé yo, señor Don Pablo, qué queda mas que pedirla.
- vuelve á coger la luz.*
- D. Pab.* Eres valiente truhan.
- Blas.* Solo usted es bobo hoy dia.
- vase por la derecha.*
- D. Pab.* Mira si vuelves en tí, y á esa advenediza olvidas.
- D. Est.* ¡Ah padre! no me es posible vivir ya sin mi Cecilia.
- D. Pab.* Yo estaba creyendo, Estevan, que marchaba esa mocita con consentimiento tuyo.
- D. Est.* ¡Ah señor! ¿la apartaria de mí, quando sus bondades tienen mi alma tan rendida?
- D. Pab.* Por eso la perillana te corresponde tan fina.
- D. Est.* Si usted conociera, padre, las virtudes de Cecilia, viera que su corazon no es capaz de bastardias.
- D. Pab.* ¿De una mozueta que tiene ajusticiada una tia, puede nadie prometerse mas que infames villanias?
- D. Est.* ¿Su tia está ajusticiada?
- D. Pab.* Yo oí que se lo decian esta tarde, y aunque hizo quantos esfuerzos podia para mostrar que era otra, se quedó al fin confundida.
- D. Est.* Si esa vil tia siguiera las huellas de su sobrina, no hubiera llegado, padre,

á tan extrema desdicha.

Sale Blas por la puerta de la derecha muy cargado con una arquilla que suelta de golpe sobre la mesa, Don Pablo abre el armario, y ayudando á Blas encierran en él la arquilla.

Blas. Ábrame presto el armario, que reviento voto á cribas.

Valga el diantre lo que pesa.

D. Pab. ¿De dónde traes esa arquilla?

Blas. En la puerta me la ha dado un hombre con mucha prisa, y se ha pasado corriendo á casa de la vecina, á decirla que esta noche dexé la casa muy limpia, y que disponga mañana una opipara comida.

D. Pab. Bien lo ha corrido: es la posta muy contento.

que ha ido á Vique; ¿y qué noticias? *Va á marchar por la derecha, y Blas le da una carta.*

Blas. Para ser usted anciano, tiene la sangre muy viva: lea usted antes, señor, con sosiego esta cartita.

Abre Don Pablo la carta y lee.

Estimado Don Pablo, mi Vicenta no cabe en sí de gozo, y ha querido demostrarlo enviando á Estevan esa arquilla con tres mil duros, para que disponga de ellos á su voluntad, como suyos que son, y nadie le pedirá cuentas.

Mi hermano Don Prudencio tiene que volverse luego á Barcelona, y antes que salga de esa Villa ha de quedar concluido el asunto que tanto anhelan sus mas apasionadas servidoras — Paula y Vicenta.

Repr. Llegó, Estevan, el instante mas dichoso de tu vida. Voy corriendo á disponer que salgan á recibirlas con música los muchachos tirando confituras.

Vase Don Pablo por la derecha, y Blas da una llavecita á Don Estevan.

Blas.

Blas. Aquí está, señor, la llave que me han dado de la arquilla; ábrala; y diviértase, que los metales de Indias han solido á mas de quatro preservarles de ictericia.

D. Est. ¡Ah querido Blas! los hombres todos tienen su manía, y la que á unos divierte á otros les martiriza.

Mi padre quiere casarme con muger hermosa y rica, y yo solo encuentro gusto en pensar en mi Cecilia.

Sale Doña Cecilia por la puerta de la derecha con el peynado descompuesto y las manos ensangrentadas.

D. Cec. ¡Ah querido Estevan mio! ya está Cecilia perdida.

D. Est. ¿Pues qué sucede? qué es esto? *levantándose enagenado de gozo y admiracion.*

¿Usted volver á mi vista?

¿Qué sangre es esa?

D. Cec. No sé.

¡Ay de mí! como lo diga: ese bárbaro de hermano de usted, viendo que partia yo de Olot, me fue siguiendo hasta cerca de la hermita de San Cosme: allí insistió en irse en mi compañía; y al ver que eran mis desprecios mayores que sus caricias, con irracional furor intentó una acción indigna; mas como siempre da el cielo con el mal la medicina, me deparó allí unas zarzas, me deparó á buscar acogida en ellas; y como ciego de cólera me seguia, qual caballo desbocado, en ellas se precipita, de modo que todo el rostro se lastimó en las espinas, y se tiró contra el suelo dando voces desmedidas:

sin que él pudiese notar lo he dado vuelta á la Villa, y vengo aquí á guarecerme porque nadie se imagine que un reo pueda ocultarse en donde tanto peligra.

D. Est. Dulce esposa, quando el cielo me ha concedido esta dicha, no dudo que hoy se verán mis esperanzas cumplidas; ¿pero qué es lo que dió causa á fuga tan repentina?

D. Cec. Blas, ¿y la carta?

Blas. Señora, no hago yo esas tercerías.

D. Cec. De dar una carta abierta de dos que á casarse aspiran no sé que persona alguna arguya tales malicias.

Blas. Los que leer no sabemos hacemos mil tonterías: señores, ese caxon me ha servido de baliija.

D. Estevan abriendo el caxon de la mesa.

D. Est. Blas, ahora que me acuerdo, ¿cómo has tenido osadía de sacar de él el bolsillo?

Blas. ¡Yo, señor! *santiguándose.*

D. Est. ¿Qué te santiguas?

Emplea bien el dinero, y jamás digas mentiras, que aquí no hay carta ninguna.

Blas. ¿Cómo no? ¿Qué bruxerías andan hoy en esta casa?

Si quando yo la metia entró Usta, y por un tris no fue testigo de vista.

D. Est. ¡Ay señora! entre unas cuentas que dí á Don Prudencio iría.

D. Cec. ¡Pues el temor de mi muerte sus cláusulas contenían!

¡Que esa justamente era la causa de mi partida!

D. Est. ¡Eso solo nos faltaba para colmar las desdichas!

D. Cec. Dueño amado, la prudencia es el mejor norte y guia: me pasaré á Perpiñan,

y usted hará sus pesquisas en tanto para avisarme si adquiere alguna noticia.

D. Est. ¿No ve usted que su persona ya en el camino peligra?

D. Cec. Con el disfraz de varón ne puedo ser conocida.

Blas. Señores, que viene un hombre. *Mirando hácia la puerta de la derecha.*

D. Est. ¿Qué hombre?

Blas. Aquel de justicia.

D. Cec. Voy al punto á disfrazarme.

D. Est. Si; y salga usted de esta Villa.

Vase Doña Cecilia por la puerta de la izquierda llevándosela tras sí de golpe, y Don Estevan echa la llave con mucha prontitud.

Blas. ¡Santo Dios! ¡Quién del caxon mi dinero llevaria!

Vase por la derecha, y sale por la misma puerta Simon con botas y espuelas;

Don Estevan al verle se enfurece, y coge la puerta para no dexarle escapar.

Sim. ¿Está en casa Don Silvestre?

D. Est. ¿Y tiene usted osadia de volver á presentarse aquí? Vengan las mil libras que mi padre envió á usted.

Sim. Sosiegue usted esa ira; luego vendrá Don Prudencio...

D. Est. ¿A qué?

Sim. A restituir las.

D. Est. ¡Don Prudencio!

Sim. Como usted

me dixó que hoy se veia sin quartos; las recibí, y las dí á su Señoría, por no poder yo traerlas á causa de mi partida.

D. Est. No nos venga usted con mas trápalas ni embusterias; si usted no suelta al instante las mil y ochocientas libras, irá desde aquí á un encierro.

Sim. Tengo la conciencia limpia, y estoy con mucha frescura.

Asoma Blas por la puerta de la dere-

cha, sirviendo de lazarillo á D. Silvestre, que sale como ciego, con la frente y mexillas ensangrentadas, lo que conservará hasta el fin de la Comedia, y al entrar se dá un coscorron, y dice gritando.

D. Silv. ¿Hombre, por donde me guias?

Sim. ¿Qué es eso, amigo Silvestre?

Don Silvestre inclinándose hácia donde oye la voz de Simon.

Amigo Simon, desdichas;

Aquí se inmutan D. Estevan y Simon, mirándose con inquietud.

estar ciego, sin saber tocar ni cantar folias, es tener ya, amigo mio, enteramente perdidas las esperanzas; y así dispone luego á seguirla, que si se escapa ha de darme un torozon, anda aprisa.

Sim. ¿Quién se ha de escapar, Silvestre? Tú estás loco.

D. Silv. La Cecilia. *gritando.*

D. Est. Ya que esta casualidad me aclara mas, y confirma las indignidades de ambos, aunque aquí pierda la vida he de castigar...

Echa mano á la espada, y Blas le abraza fuertemente para contenerle: Simon se acerca á D. Silvestre y le habla al oido.

Blas. ¡Señor!

D. Est. Suéltame.

Blas. Vaya, patillas andá aquí.

D. Est. ¿Quieres dexarme? *(Sim.)*

Blas. Marche usted de nuestra vista. á

Sim. Y de España: á Dios Silvestre.

Vase por la derecha, y Don Silvestre queda gritando.

D. Silv. ¡Estó es lo que mas temia!

Si tú te vas, Simon mio,

estos diablos me asesinan.

¿Qué es lo que hoy pasa por mí?

Sale por la derecha Don Prudencio, y mientras habla con Don Estevan, Don Sil-

- Silvestre abre y cierra los ojos con mucho trabajo, y mira luego la pieza,*
- D. Prud.** Señores , ¿qué vocería es esta?
- D. Est.** Que el Don Deogracias, que tanto enredo motiva, es el infame Simon. Ahora ha dicho que Usía Tiene el dinero que padre le envió.
- D. Prud.** ¡Quanto embolismal Blas , anda á ver si le alcanzas, y vuelve á darme noticia de la casa adonde entra.
- Blas.** Me alegro de ser su espía.
Vase por la derecha, y Don Silvestre abre los ojos.
- D. Silv.** ¡Ay Dios! ¡qué gozo! ya veo.
- D. Prud.** Seor Doctor , ¿qué significa esa sangre?
- D. Silv.** Esto no es sangre.
- D. Prud.** ¿No es sangre?
- D. Silv.** No.
- D. Prud.** ¿Pues qué es?
- D. Silv.** Sangrias.
- Va á irse por la derecha , y Don Prudencio le detiene.*
- D. Prud.** Aguarde usted, que aquí traigo todas las cuentas ya vistas, y quiero que ustedes salgan de ellas.
- D. Silv.** No tengo prisa. (ñado)
- D. Prud.** La tengo yo, y me he empeñen que hoy queden fenecidas. Dígame usted, Don Estevan, ¿quién es una tal Cecilia de Aragon , que ha escrito á usted un papel de despedida?
- D. Silv.** Señor, que ese ha de encajarle medio millon de mentiras, casarse quiere con ella deshonrando mi familia.
- D. Est.** ¿Quieres detener perverso esa lengua tan nociva?
- D. Silv.** ¿Sabes que esa vil muger firmó que se casaria tambien conmigo? mira hombre, recreate con su firma.
- Enseña el papel que le firmó Doña Cecilia, Don Estevan le mira y se rie.*
- D. Est.** ¿Es su nombre Antonia Mendez?
- D. Silv.** ¿Con que me burló la indigna? *furioso.*
- D. Est.** Recreate , esta es su letra enseñándole otro papel. y su verdadera firma. (**D. Prud.**)
- D. Silv.** Que la prendan al instante, á que esa es , Señor, la homicida del Marques de la Muralla.
- D. Est.** Cesa , corazon de harpía.
- D. Prud.** ¡De la Muralla! ¿es creible!
- D. Silv.** No habrá quien lo contradiga.
- D. Est.** Señor , sé que está inocente.
- D. Prud.** Pero mientras se averigua debo yo...
- D. Silv.** Nada , encajarla en la carcel de patitas.
- D. Est.** ¡Ah , Señor! si lo merecen mis incesantes fatigas, suplico se la destine por prision toda la Villa.
- D. Silv.** No es menester, ya á estas horas tendrá dos leguas corridas.
- D. Prud.** Yo haré presto que la alcancen. *Vase hácia la puerta de la derecha escuchando lo que dice D. Silvestre.*
- D. Silv.** Por San Cosme, se encamina hácia Francia ; mas , Señor, los que vayan á seguirla tengan cuidado no vuelvan, como yo , hechos una criba.
- D. Prud.** ¡Qué necio! (**D. Est.**)
- D. Silv.** Soy Mayorazgo... *mirando á*
- D. Prud.** ¿Y qué ?
- D. Silv.** No hablo con Usía.
- D. Prud.** No me espanto que usted sea de condicion tan altiva, que del que nace con bienes la ignorancia es la divisa.
Vase por la derecha.
- D. Silv.** Quiero sepa el Fabricante que ha de ser mia Cecilia.
- Vase por la puerta de la derecha , Don Estevan abre la de la izquierda y sale Doña Cecilia.*
- D. Est.** Por librarla de tus garras

mi furor no te castiga.

D. Cec. ¡Ay Dios! cuánto contratiempo carga sobre mi este día!

D. Est. ¿No se ha disfrazado usted?

D. Cec. No; que lo imposibilita el faltarme las maletas.

D. Est. ¡Las maletas!

D. Cec. Si: conspira contra mí todo: ¿qué medio podré hallar en tal desdicha?

D. Est. Yo veré si algún amigo se compadece, y abriga á usted en su casa, en tanto que el Cura nos facilita los despachos.

Sale Don Pablo por la derecha, y se sorprenden los tres.

D. Pab. Ven, que llegan ya Doña Paula y su hija...

Viendo á Doña Cecilia.

¿Otra vez esa muger vuelve á turbar mi alegría?

D. Est. Duélase usted, padre mío, de los dos; y no permita se separen estas almas que tiene ya el Cielo unidas.

D. Pab. Si me hubieses declarado antes de este medio día esa pasión tan violenta, se evitara la venida de la Vicenta y su madre; pero ya todos publican tu boda, y para excusarla no hallo ninguna salida; con que cuenta no me expongas á que haga una tropelía.

Don Estevan saca del caxón un libro de muestras de telas texidas por Doña Cecilia.

D. Est. No señor, voy al momento á asegurar á Cecilia, y á procurar que se marche para siempre de esta Villa, aunque pierda España en ella lo que este libro acredita.

Tira el libro sobre la mesa, y se va por la derecha.

D. Pab. ¿Con que todas estas muestras

abriendo el libro.

están por usted texidas?

D. Cec. Sí señor.

D. Pab. Son excelentes; pero usted es muy maligna.

D. Cec. ¡Maligna yo! no sé en qué.

D. Pab. ¡Que es usted inocentita, los amores con mi Estevan claramente lo publican!

D. Cec. En nuestra afición, Señor, no hay la mas leve malicia, porque aunque en nosotros obra la natural simpatía tan extraordinariamente desde la primera vista, hasta hoy no he declarado mi sexó.

D. Pab. ¿Hasta hoy? ¡Viva! Quando acaba de decirme Estevan que necesita tratar antes de casarse mucho tiempo á la querida para observarla las mafias, ¿tan de repente se habia de enamorar?

D. Cec. Esta tarde, para cosa bien distinta, le manifesté, Don Pablo, mi patria, sér y familia; fiaba en que su amistad con teson me ampararia, mas no que usase conmigo una acción tan noble y fina.

Sule Don Prudencio por la derecha.

D. Prud. ¡Don Pablo, Blas nos ha dado una excelente noticia!

Para prender al Deogracias ya la tropa está á la mira...

Al ver á Doña Cecilia se admira, saca la carta y se la enseña, diciéndola.

¿Es usted la que hoy ha escrito este papel?

Doña Cecilia le mira, y baxa los ojos.

D. Prud. Vaya, diga.

D. Cec. ¿Quién me lo pregunta? *con*

D. Prud. Un Juez. *(humildad.)*

D. Cec. Si señor, la suerte impia *enternecida.*

- me hace parecer culpada; mas no lo soy.
- D. Prud.** No se aflixa: estoy bastante enterado que en su persona se cifran virtudes muy singulares; pero pide la vindicta pública que la asegure.
- D. Cec.** ¿Y será, Señor, justicia, oprimir á una inocente?
- D. Prud.** Las sospechas la acriminan; y así, mientras que yo hago las diligencias mas vivas para indagar de su causa las favorables noticias, será la prision de usted el mismo quarto en que habita.
- D. Cec.** El mayor gusto que tengo es estarme recogida dentro de él; con mis telares todas mis penas se olvidan.
- Entrase por la puerta de la izquierda haciéndoles cortesía.*
- D. Prud.** Don Pablo, eche usted la llave, y démela.
- D. Pab.** Tome Usía.
Cierra y le dá la llave.
- D. Prud.** ¿Qué libro es ese?
- D. Pab.** De muestras de telas.
- D. Prud.** Son exquisitas: *mirándolas.* ¿se sabe de dónde vienen?
- D. Pab.** De las manos de esa niña.
- D. Prud.** Si ellas texen estas cosas se pueden llamar divinas.
- Se oyen por la derecha á lo lexos algunos pistoletazos, música tocando la marcha, y mucha algazara que dura hasta la ida de D. Pablo.*
- Denr.** Unos. Viva Vicenta la hermosa.
- Otros.** Bien llegada: bien venida.
- D. Prud.** ¿Qué algazara es la que suena?
- D. Pab.** Que en casa de la vecina se estan apeando ahora Doña Paula y Vicentilla.
- D. Prud.** ¡Qué dice usted! ¿es posible! ¡Mi hermana aquí y mi sobrina! ¿Pues cómo al pasar por Vique-
- no me han dicho que venian?
- D. Pab.** Señor, yo soy el culpado, porque sabiendo que estima mucho la Vicenta á Estevan, con el intento de unirle con él, escribí...
- D. Prud.** ¿Y la novia que tiene en casa metida? Yo he de averiguar qué es esto.
- Vase por la derecha, y D. Pablo dexa el libro sobre la mesa.*
- D. Pab.** Perdido estoy si se obstina en no querer á Vicenta mi Estevan.
- Cierra D. Pablo el armario, guarda la llave, y sale D. Estevan por la derecha.*
- D. Est.** ¿Padre, qué indica el no hablarme D. Prudencio?
- D. Pab.** El te aclarará el enigma: con se-la Cecilia ya está presa, *(verdad,* y es menester que nos sigas.
- Vase por la derecha, y cesan los tiros y la música.*
- D. Est.** ¡Cecilia presa! ¡Dios mio! ¿tendrán fin tantas desdichas? ¿De qué me sirve tener habitacion prevenida donde llevarla? ¿de qué?...
Sale Blas por la derecha con el chiquillo.
- Blas.** No he visto tal tremolina como se arma en este pueblo quando las novias arriban. Todas las calles estan blancas de confituría, lo mismo que quando nieva, cae mucha piedra ó graniza. Ya que Usía va á casarse á la usanza de Turquía, ¿Qual, Señor, de las tres novias ha de ser la favorita?
- D. Est.** No me hallo, Blas, con humor de oír tus chocarrerías.
- Blas.** Pues alón, el Señor Cura me ha dicho que espera á Usía.
- D. Est.** Si el Cielo quiere que sea para calmar mis fatigas,

con Cecilia he de casarme dentro de la cárcel misma.

Vase por la puerta de la derecha, y Blas habla con el chiquillo; mientras le echa sobre la estameña y le tapa.

Blas. ¡Qué inhumano padre tienes, que ni siquiera te mira! *si sup* pero en fin, ya te has mamado una muy buena tetita, echate ahora, y veremos en qué paran estas misas.

Mira ácia la derecha, y salen D. Silvestre, y Simon. (Blas.

D. Silv. Anda, dí á padre qué venga. á *Blas.* ¡Si querrán darme papilla! *ap. Vase Blas por la derecha, y entorna la puerta de modo que se vea que se queda á escuchar.*

Sim. Hombre, ¿y si viene tu padre?

D. Silv. ¡Venir con la greguería que allá anda!

Sim. No gastemos, Silvestre, tiempo y saliva. Ocúltate quanto antes.

D. Silvestre señalando el cuarto de la izquierda y el armario donde está la arquilla.

D. Silv. Aquí está, Simon, la chica, y dentro de aquel armario hallarás tambien la arquilla del dinero: tres mil duros la posta en ella traia.

Sim. Mira que grano de anís para nuestras correrías.

D. Silv. ¿Qué se mueve aquí? *Reparando en la estameña en que está el niño.*

Sim. Algun perro.

D. Silv. ¡No es mal perro! ¡Simon, mira qué imprevisto acaso! un niño: ¡Y es el mio!

Sim. No te finjas entusiasmos.

D. Silv. ¿No son estos mis dices, y estas tus cintas.

Sim. Silvestre, no es tiempo ahora de andarnos en niñerías,

mira que si nos paramos nuestras personas peligran.

D. Silv. Ya lo veo; mas la suerte de mi hijo me martiriza.

Sim. Vamos, dexa las simplezas, y ocúltate.

Escóndese D. Silvestre por la puerta del medio, y llama Simon á la de la izquierda.

Sim. Señorita, salga usted presto.

Dentro Doña Cec. No puedo.

D. Silv. ¿Si nos la aprisionaria Don Prudencio? *(llaves.*

Sim. A bien que á estas *sacando sus* no hay puerta que se resista.

Abre Simon la puerta de la izquierda con las llaves, y sale Doña Cecilia.

D. Cec. ¿Que quiere usted?

Sim. Que se venga al punto en mi compañía, porque tiene Don Estevan prontas las caballerías para marchar.

D. Cec. ¿Qué motivo á tal repente le obliga? ¿cómo ha obtenido la llave?

Sim. No lo sé.

D. Cec. ¡Triste Cecilia! ¡Qué de sobresaltos pasas por la maldad de una tia!

Simon abriendo el armario en que está la arquilla, y guardándose las llaves.

Sim. Dice tambien que llevemos con nosotros una arquilla que ha de haber aquí: esta es: *Carga con ella, y la dexa caer sobre la mesa en ademan de no poder hacer fuerza con la mano izquierda.*

mas pesa que yo creia.

No puedo llevarla solo.

D. Cec. Yo ayudaré.

Sim. Fatiguillas son estas muy saludables para conservar la vida

Vanse por la puerta del medio llevando entre los dos la arquilla, Blas entre-

abre

abre un poco la puerta de la derecha, y la vuelve á entornar al ver que sale por la del medio. *D. Silvestre.*

D. Silv. Con esto ya mis ideas del todo estan conseguidas. Arrodíllase á besar el niño.

¡Ay hijo de mis entrañas!
¿Por mi cabeza maldita
te dan hoy para descanso
una cuna tan iniqua?

Pero ¿podré abandonarte?
Padre tirano sería
si no te buscase al menos

quien en tu niñez te asista.

Le dá un beso, y se le lleva por la puerta del medio. Sale Blas, y como quien no sabe lo que le pasa dice:

Blas. ¿Si serán estos tambien los que el bolsillo me limpian?
¡Dios mio! ¿qué haré yo solo al ver tales fechorias?

¿Avisar á Don Prudencio?

¿Dár voces? no; otras medidas se han de tomar.

Al irse corriendo por la derecha salen Don Prudencio y D. Pablo.

D. Prud. ¿Donde vas?
Blas. No hay lugar de que lo diga. *vase por la derecha.*

D. Pab. Viendo el enojo de entrambas ¿qué ha de disponer Usia?

D. Prud. Que Don Estevan se case, si gusta, con su Cecilia, burlando la ligereza de usted, mi hermana y sobrina.

D. Prudencio repara que está abierta la puerta de la izquierda, y D. Pablo que falta la arquilla del armario.

D. Prud. ¿Cómo está abierto aquel cuarto?
D. Pab. No sé, señor, una arquilla falta aquí con tres mil duros,

si esto es robo, me aniquilan.

Vase por la puerta del medio. Y D. Prudencio se acerca á la de la izquierda.

D. Prud. Sin duda habrá D. Estevan hecho alguna tropelia.

sale Don Pablo gritando.
¡Pobre de mí! ¡D. Prudencio,

que todas mis alhajillas

y el dinero me han robado!

¡Ahora puede ver Usia lo que ha sacado ese Estevan de abrigar á gente indigna!

Sale Blas por la derecha corriendo, y D. Pablo le coge de un brazo.

H. Pab. ¡Vuelves, infame ladrón!

Blas. Yo juego con manos limpias, *D. Pablo,* y si no mirara que está aquí su Señoría....

D. Prud. Sosegarse.

Blas. Es que esos dichos me sacan de mis casillas: ¡que no esté aquí mi maestro!

¡Ladron yo!

Sale D. Estevan por la derecha con unos papeles en la mano.

D. Est. Que algaravía metes, Blas.

Blas. ¡Si quando vengo de prevenir que esté lista

la tropa, para prender á una endiablada trinca

que acaba de hacer en casa el saqueo de la arquilla,

¡me llaman ladrón!

D. Prud. D. Pablo. No supo qué se decía:

y así, sosiegáte. ¿Sabes quiénes son los de la trinca?

Blas. Son el padre del chiquillo, Simon y Doña Cecilia.

D. Est. Cecilia! No puede ser.

Blas. Basta que Usia lo diga.

D. Est. Y aun sobra. ¿Qué, su virtud puede acaso ser fingida?

D. Pab. ¡Que aun á disculpar te empeñes á esa vil advenediza!

D. Prud. ¿Estás cierto en que ha tenido parte en el robo Cecilia?

Blas. Yo señor no pude oírles la conversacion seguida; pero vi que ella y Simon sacaron de aquí la arquilla.

D. Est. Llegó á tiempo el desengaño: yo, padre mio, créia

tener con esa muger mi felicidad cumplida,

confieso que me seduxo

su falaz hipocresía en orosib le y tanto, que está misma noche á hacerla mi esposa; ciband en estos éran los despachos; gids eb pero pues es tan indigna, abe ahora mismo por el ayre. D. P. los arrojaré hechos trizas.

Dá un rasgon á los papeles y los arroja.

D. Prud. Voy á ver si la prision de los tres se verifica para que quede memoria en Olot de mi venida.

vare por la derecha.

Blas. Voy tambien ya que tenemos cerca la carcel de Villa.

vare por la derecha.

D. Pab. ¿Escarmentarás ahora de la perversa mania de abrigar dentro de casa tanta gente foragida?

D. Est. Injustamente dá usted ese nombre á quien se aplica: toda mi gente es honrada.

D. Pab. Sí: es verdad: hasta Cecilia.

D. Est. ¿Quando hay zizafia en un campo se arranca tambien la espiga? Padre, yo he de trabajar, que esta distinguida insignia

á esa gente se la debo.

D. Pab. Dime: ¿quánto mas valdria que la hubieses grangeado con las letras ó milicia?

D. Est. ¿Es acaso indigno de ella un hombre que se dedica á ser util á la patria,

con una empresa tan digna como tener ocupados centenares de familias?

D. Pab. El Estado justamente dá siempre la primacia al sabio y al militar,

porque son los que vigilan en regirle y defenderle de invasiones enemigas.

D. Est. ¿Y quién sustenta á esos hombres? Las incesantes fatigas del honrado menestral que trabaja noche y dia que exponiéndose al peligro

de que le quiten la vida, atrae á los extrangeros, con la utilísima mira de que difundan su industria en el país donde habita; que procura que se ocupen hasta los niños y niñas, practicando así los medios seguros de que reciba aumento la población, la aplicacion mas estima, y el Real Erario con ellas cantidades muy crecidas.

D. Pab. Yo veo que los Monarcas honran con esas insignias á muy pocos artesanos.

D. Est. ¿Y son muchos los que aspiran á ellas por medios dignos? ¿Habrà ninguno que diga que está el mérito sin premio quando llega á la noticia de nuestro Rey? ¿Mas qué luces toda la casa iluminan?

Sale por la derecha Don Prudencio, siguiéndole Don Siivestre y Simon con las manos atadas atrás, acompañados de soldados con armas y hachas encendidas.

D. Prud. Aquí están los delinquentes.

D. Pab. Amado hijo de mi vida!

D. Prud. De nada sirven extremos: los hombres que no se aplican á las artes ó á las ciencias son del estado polillas.

Sale por la derecha Blas con el chiquillo, el bolsillo y las llaves de Simon: el mozo viene cargado con la arquilla, las maletas, dos taleguillos de ámero, unas casitas de alhajas, candeleros, cubiertos de plata &c. y se descarga poniéndolo encima de la mesa.

Blas. Aquí traigo, señor, todos los mandados de una via: las alhajas, los talegos, las maletas y la arquilla, y mi bolsillo robado con estas llaves malditas.

Presenta el bolsillo á Don Estevan.
D. Est. Perdóname, y guárdale,

que ya que tanto te aplicas,
 te daré dentro de poco
 la escritura por cumplida,
 y la cantidad que baste
 á la empresa que meditas.

Blas. Luego que tenga en Asturias
 mi fábrica establecida,
 no se verán en Madrid
 tantos zánganos que sirvan.

D. Pab. Ya llegó el tiempo que pagues,
 infame, tus picardias. (*á Sim.*)
*Blas entrega el niño á Don Pablo, y este
 le recibe.*

Blas. Don Pablo, tome este nieto,
 hijo de su nuerecita.

D. Pab. ¡Mi nuera!

Blas. Si no la esposa
 de Don Silvestre.

D. Pab. ¿Deliras?

Blas. No señor, observe usted
 entrambas fisonomías,
 verá como no desmienten
 las señas de su familia,
 y caerá de la burra
 como yo.

D. Pab. ¡Y hoy me pedias á D. Silv.
 dinero para ser frayle!
 Quitale el niño de mi vista. á Blas.

D. Err. Búscale al instante una ama.

Blas. Por fin te dan acogida.
 Si no fuera por tu tío
 qué buena nifnez tendrías
 en poder de tan buen padre.
vase por la derecha.

D. Est. Si emendarte determinas,
 te señalaré, Silvestre,
 una renta vitalicia,
 y te dexaré esta casa,
 pues ya está la tienda limpia.

D. Silv. Nada de tí necesito.

D. Prud. ¡Esa es mucha altanería!
 ¿Sabe usted que ha malgastado
 mucho mas de cien mil libras?

D. Pab. Señor, ¡tan enorme exceso!...

D. Prud. Consta de sus mismas firmas;
 y así para que deteste
 tan perversas compañías,
 y se resuelva á ganar
 decentemente la vida,

con un par de grillos puestos
 saldrá luego de esta Villa
 á estar un año encerrado.

Sim. No ha de conseguir Usía
 nada, porque él y yo
 somos de una pasta misma;
 por bien corderos, por mal
 serpientes luciferinas.

D. Prud. Que lleven á ese insolente,
 falsificador de firmas,
 á cargarle de cadenas,
 mientras que se le destina
 á que en las minas de azogue
 haga le mayor fatiga.

Sim. Señor, piedad.

D. Prud. Que le lleven;
 y traigan aquí á Cecilia.
*Vanse los soldados llevándose á Simon;
 este al volver la espalda hará de modo
 que se le vean las manos sin guantes, y
 la izquierda entrapajada.*

D. Est. ¿Esa engañosa muger
 volver aquí todavia?

D. Prud. Quiero que usted vea cómo
 sus delitos se castigan.

*Sale Doña Cecilia por la derecha acom-
 pañada de soldados, repara en Don
 Estevan, y corre desatentada
 hácia él.*

D. Cec. Nada importa que los cielos
 con tantas penas me opriman,
 si la agradable presencia
 de mi dueño las alivia.

D. Est. ¿Yo dueño de usted? Traidora;
 quítese usted de mi vista,
 y vaya á que la liberten
 esos monstruos con quien iba. (van)

D. Cec. ¡Qué es lo que oigo, amado Este-
 don Estevan la vuelve la espalda, y ella
 dice mirando á Don Prudencio con la
 mayor afliccion.

¡Ah señor! disponga Usía
 que me lleven á un suplicio:
 ¡para qué quiero la vida,
 si hasta el mejor de los hombres
 contra mí emplea sus iras!

D. Prud. La suerte de usted, señora,
 en extremo me contrista,
 y así, para que fenezcan

de una vez tantas desdichas,
sepa usted que el señor Batlle
quando yo llegué tenia
la declaracion tomada
á esos vagos : su malicia
hizo que usted ayudase
á sacar de aquí la arquilla;
pero el cielo que no sufre
ver la inocencia abatida,
ha hecho que por su boca
se vean desvanecidas
las sospechas, declarando
que es usted:—

D. Cec. ¿Qué soy, señor?

D. Prud. El gozo el habla me quita.
¡Marquesa!

Todos. ¡Marquesa! *menos D. Silo.*

D. Cec. ¿Yo?

D. Prud. Sí.

D. Cec. ¿Cómo?

D. Prud. Es cosa nunca oida:
el Marques de la Muralla,
viendo que el mundo aplaudia
tanto la industria de usted,
se determinó á pedirla
por esposa, resultando
la novedad peregrina
de que yendo á averiguar
si era usted de sangre limpia,
la hallase, no solo ilustre,
sino que era á quien venian
su título y sus Estados
despues del fin de sus dias.

D. Pab. Es creible.

D. Prud. Yo lo afirmo:
el archivo de esta Villa
guarda una requisitoria
y otra orden expedida
despues de ella, originales
que quanto he dicho confirmar
por si hay alguien que lo dude.

D. Cec. ¡Dios mio! ¡habrá quien no siga
las huellas de la virtud,
viendo por quan rara via
libertais hoy mi inocencia!

D. Est. ¡Tanta fortuna Cecilia!

D. Prud. Sí señor, ya recayeron
en ella todas las fincas
del Marques, y porque vea

quanto mi afecto la estima,
el ponerla en posesion
correrá de cuenta mia.

D. Cec. Don Prudencio, pues los cielos
mis tormentos finalizan
por su boca, eternamente
le viviré agradecida.

D. Est. ¡Y pudo mi ceguedad
despreciar á esta heroína!
Señora, ya que la amé *con sumision.*
sin tanta prerogativa
mi fiel corazon espera...

D. Cec. ¡Quando era poco hace indigna
de que usted compadeciese
mis infortunios, me admira
mucho que usted quiera ahora
interesarse en mis dichas!
Hombre inconstante y traidor,
quítese usted de mi vista:
mi mano está destinada
ya.

D. Est. ¿A quién?

D. Cec. A quien la estima
como debe.

D. Est. ¿Quién es ese?

D. Cec. Es... á quien reconocida
quisiera con esta mano
rendirle una Monarquía.

*Da la mano á Don Estevan, y este la
recibe con el mayor gozo.*

D. Est. ¿Soy yo?

D. Cec. ¿Pues quién ha de ser
sino usted?

D. Prud. El amor viva;
y hagan ustedes su boda,
que mi afecto la apadrina.

D. Est. Padre, ¿podré ya admitir
por mi dueño á la Cecilia?

D. Pab. Sí: loco estoy de contento,
conmigo el cielo os bendiga.
échales la bendicion.

D. Silo. ¡Que haya yo de sufrir esto!

D. Prud. Amigo, mudar de vida,
y no aparte usted jamas
este exemplar de la vista,
que mientras la ociosidad
labra á sus hijos la ruina,
la aplicacion á los suyos
da honor, riqueza y delicias.